

Edición y corrección: Rodolfo Zamora Rielo  
Dirección artística y diseño: Alfredo Montoto Sánchez  
Ilustración de cubierta: Villafaña  
Composición computarizada: Jacqueline Carbó Abreu

Todos los derechos reservados.

© Sobre la presente edición:  
Editorial Letras Cubanas, 2002

ISBN 959-10-0725-6

Instituto Cubano del Libro  
Editorial Letras Cubanas  
Palacio del Segundo Cabo  
O'Reilly 4, esquina a Tacón  
La Habana, Cuba

E-mail: [elc@icl.cult.cu](mailto:elc@icl.cult.cu)

# Unas palabras al lector

Tiene la gestación de esta novela una larga historia, desde mis intensas emociones germinales entre la Trinidad del año 1928 —que visitaba por primera vez en mi vida, después de una larga ausencia total de Cuba— y la romántica villa cubana del siglo XIX que enseguida se sobrepuso en mi imaginación a la realidad. Sin más demora quiero comenzar a pagar aquí mi deuda de gratitud con mis buenos amigos los hermanos Juan y Elena Mauri, a invitación del primero de los cuales debo la realización de mi deseo de muchos años, con mi primera visita a Trinidad, y a la bondad de Elena la posesión de un libro del doctor Emilio Sánchez y Sánchez, titulado *Recuerdos del tiempo viejo. Tradiciones trinitarias*. (Cienfuegos, 1916.) Con la mención de este libro acabo de indicar el manantial donde hallé las primeras partículas del material histórico que en gran parte contiene esta novela.

Quien sepa lo que ha sido de Cuba y de los cubanos dignos desde 1928 a la fecha, creo que no necesita explicaciones ni comentarios míos sobre las interrupciones y colapsos, casi totales, que esta obra ha sufrido en esos siete años. Nuestro vasallaje a la usura yanqui, en vísperas de la inevitable transformación universal que se avecina, parece acentuarse en Cuba, con graves síntomas de descomposición social. *Caniquí* no será leído con respeto ni entendido en mi patria, quién sabe en cuántos años de esta fecha. Su publicación, por consecuencia, está muy lejos de ser su última vicisitud. Acaso sea en otros centros intelectuales de Colomera o en la América universitaria, nobilísima y que nada tiene que ver con Wall Street, ni aprueba el odioso papel de su patria en nuestras tierras colonas, que mi libro despierte algún interés.

De todos modos, no es cosa de dárselo todo hecho a los eruditos, cuyo mayor placer suele estar precisamente en tales investigaciones por cuenta propia... En *Caniquí* lo real y lo novelesco se entremezclan profusa y continuamente. A dos de mis generosos y desinteresados colaboradores: al doctor Francisco Fernández Quevedo, noble

patricio trinitario, como al distinguido escritor Francisco Marín Villafuerte, autor de innumerables y muy interesantes trabajos sobre Trinidad, debo datos históricos exactos, que recibí de ellos en las horas más estuosas de mi inspiración. Y las familias de los Mauri, Echániz, Iznaga, Font y otras que siento no recordar —con entusiasmo y cariño por mi empresa, que usufructuré encantado, a título fiduciario— diéronme un caudal precioso de evocaciones y recuerdos.

Dejo, pues, a la crítica futura, el trabajo de separar lo imaginario de lo histórico. Yo mismo no sabría hacerlo ahora, todavía bajo el hechizo de mi última visita a Trinidad. En aquel rincón delicioso del trópico, como en ninguna otra parte de mi patria, he gozado esta dulce incertidumbre —que ignora la gente seria y razonable, naturalmente— de sentirme como en lo alto de una picota molesta —el hoy de los otros— frente a un vasto y profundo panorama, tal ese valle eterno de Trinidad, donde se hermo-sean y confunden pasado y porvenir. Allí me sentí uno, con la humanidad, en el tiempo. Así fue concebido y planeado *Caniquí*.

De lo que quise hacer a lo hecho, sé por lo menos, que media el abismo perenne entre el hombre y su pensamiento. Al crítico mejor enterado en todo lo demás le dejo la tarea de descubrir errores y disparates, que procuraré enmendar en futuras ediciones si el libro lo amerita en total y me alcanzan los años de vida para ello. Al lector mero y simple pido humilde perdón por no haber podido hacer nada mejor con estos personajes de mi libro, de los que siento despedirme ahora con sincera tristeza.

El fin primordial de estas líneas, en resumen, no es otro que el de testimoniar mi gratitud a mis amigos de Trinidad, tanto a los que dejo mencionados, como a los muchos que omito por no haber apuntado sus nombres, que no por olvido ni por ingratitud. Cuento entre éstos a muchos colaboradores humildes —insconscientes y atónitos a veces— que con frecuencia y siempre con cubanísima cordialidad, dejaron caer su granito de oro folklórico en el crisol de mi emoción, mientras deambulaba por las calles de la villa, trepaba por sus montañas circundantes, de espléndidas visiones panorámicas, o nadaba allá, junto a la cueva de Caniquí, sintiéndome penetrado del intenso amor a la naturaleza y a la libertad con que vivió y murió el réprobo infeliz:

«¡Amárreme, mi amo, porque si no, hoy me juyo!»

Con este apóstrofe estupendo, atribuido al legendario bandido, me sentí fecundado, al tercer día de mi primera visita a Trinidad. Acaso todo el tiempo que he vivido después, con Caniquí en la cabeza, no haya estado

yo haciendo otra cosa que huir también, acosado por el frenesí politiquero que impera en Cuba desde el auge maldito del «gansterismo» en Norteamérica: el ortodoxo, originario de Wall Street, y el heterodoxo, su secuela inevitable, que con su doble acción destructora manchó ya y amenaza tachar con sangre las más bellas páginas de nuestra historia: las que escribieron nuestros poetas, nuestros maestros de escuela, nuestros «soñadores»...

Lo cierto es que hoy me siento triste, como si volviera de haber visto morir, allá en la blanca playa de María Aguilar, o en la arenita de oro de la Caleta, cerca de su cueva, a mi entrañable compañero de solitaria rebeldía: a Caniquí.

Veracruz, México, 22 de marzo de 1935.



# I

## Don Lorenzo

*¡Oh, Perseo, conserva esto en tu memoria: que la envidia, que se goza en los males, no desvíe tu espíritu del trabajo haciéndote seguir los procesos y escuchar a los abogados en el Ágora! No hay que ocuparse de esos asuntos mientras no se haya hecho buen acopio en la propia casa, durante la estación conveniente, de los alimentos necesarios, dones de Deméter...*

HESIODO: *Los trabajos y los días*

De común origen con los de Borrell, Iznaga, Armenteros, Hernández Echerrri y otros ennoblecidos después por la revolución, pero con idénticos títulos al respeto y humilde acatamiento de sus contemporáneos menos afortunados, el de los Pablos fue a principios del siglo XIX, en Trinidad, un apellido prócer.

Don Lorenzo —digno jefe de la casa desde 1799— volvió en su juventud, de España, adonde fuera enviado para educarse, mucho antes de lo que esperaba su padre, rico mercader peninsular, a quien horrorizaba la idea de ver crecer a su hijo en aquel rincón de la tierra. Pero a don Luis Alejandro Bassecourt —nombrado por su insigne progenitor el conde de Santa Clara, a la sazón gobernador y capitán general de la isla de Cuba, para ocupar el cargo de teniente gobernador, con sede en la villa de Trinidad— hubo de agradarle el desenvuelto joven, rayando en sus diecinueve entonces, a pesar de su apariencia de más años.

Y el 20 de marzo de 1797, al tomar posesión de la tenencia de gobierno, Bassecourt hizo a Lorenzo de Pablos su secretario y hombre de confianza.

Con ello y su brillante participación en la defensa de la ciudad contra el ataque de los ingleses, el mismo año, don Lorenzo de Pablos no sólo reconquistó el afecto de su anciano padre, poco después desaparecido para siempre, sino que obtuvo, a pesar de sus terribles antecedentes juveniles, el respeto y la admiración de sus coterráneos.

Dos años después, y antes del inesperado arribo a Trinidad del nuevo capitán general, marqués de Someruelos, don Lorenzo había duplicado su fortuna. En sendos viajes a La Habana y Santiago se había traído ideas e impulsos casi desconocidos en la dormida villa. De Santiago, por ejemplo, trajo varios emigrados franceses y un cargamento de caña que fueron pábulo de las chanzas de muchos trinitarios viejos, a quienes el joven e inexperto hacendado confió sus grandes esperanzas. Según su exagerado decir, aquellos cañutos de su misterioso cargamento encerraban el secreto de una prosperidad fabulosa para la isla de Cuba. Los viejos sonrieron...

A su vuelta de la península, su cortesana indumentaria, obra de los mejores sastres de Madrid —que el pincel y los carboncillos de don Francisco de Goya y Lucientes preservaban a la sazón para la inmortalidad— hubo de provocar otrora la evidiosa sonrisa de más de un elegante trinitario. Y, novelero en todo, con los Borrell y los Iznaga compitió también en la introducción de las nuevas modas, a principios del revolucionario siglo. En su cuerpo vigoroso, tal vez un poco demasiado robusto de tronco para sus piernas, las modernas tendencias de la moda hacia la sencillez hallaron un modelo propicio. Era su faz amplia y franca, de angulosa mandíbula y mentón prominente, boca grande y sensual, nariz reminiscente acaso de ancestral hebraísmo, ojos negros, inquisitivos e insolentes, y frente un tanto estrecha, de donde arrancaba simétricamente en cuadro la espesa cabellera castaño oscuro.

Su rápida carrera dio aplomo a sus ademanes y acentuó la firmeza de sus facciones. Unánimemente los profetas de la villa señalaron en él a un triunfador.

Su transformación más comentada fue en el orden moral. Olvidó sus precoces aficiones al vino, el juego y las mujeres, exhibidas apenas en alguna que otra parrandita juvenil, desmesuradamente exageradas por la imaginación provinciana hasta determinar su envío a la península; y sin dejar de frecuentar el trato de sus turbulentos coetáneos supo rechazar hábilmente todo envite a reincidir en las ingenuas si escandalosas expansiones juveniles de otros tiempos. Los hogares más melindrosos —herméticas conchas de las más preciadas perlas en el mercado de virtudes femeninas de la villa— admitieronlo en sus aburridas tertulias de estrado. Sabía a lo que iba y supo someterse al rito —por lo demás incomprendible para él— de aquellas criollas nacidas como él en tierras abrasadas por el padre sol, medio dormidas por la cálida brisa tropical que apenas agitaban

con los lentos vaivenes de sus abanicos, y aferradas todavía, sin embargo, al hábito-instinto de agruparse en semicírculo ahora frente a un gran espejo: reminiscencia simbólica del «focus», del hogar ancestral...

Al casarse en 1810 —el año que anunciara el crepúsculo de la dominación española en América— con doña Celia de Arriaga, habanera de noble tronco vasco y rara hermosura, caída en Trinidad poco antes, por desgracias de familia, don Lorenzo dio por bien perdidos su paciencia y su tiempo en aquellas soporíferas reuniones. En honor y satisfacción de su joven esposa, sin embargo, objeto en realidad de muy pocas simpatías entre las decepcionadas familias de la villa, su señorial mansión de la calle Real del Jigüe, al fondo del convento de San Francisco y cerca de la antigua Plaza Mayor en que Hernán Cortes estableciera su campamento antes de salir para la conquista de México, dio frecuente y espléndida acogida en sus amplios salones a lo más selecto y exigente de la sociedad trinitaria, con fastuoso despliegue de sedas, cristales, fayenzas y bordados, directas importaciones de Venecia y de Francia.

Completa de tal modo su dicha, don Lorenzo no dejó de pensar en sus obligaciones cívicas. ¿Cómo no sentirse inflamado por aquel sentimiento unánime de los criollos como él, ricos e influyentes, ante la insolencia de los peninsulares: más intransigentes mientras menos o peor vinculados en la isla, y dándose las sin embargo de únicos y genuinos españoles? ¿Qué era lo que defendían aquellos aventureros, incultos por lo general, cuyas rancias ideas, opuestas sistemáticamente a todas las iniciativas de los naturales del país, constituían un estorbo para el progreso de éste? ¿Era así como se servía a la madre patria, o bien como querían servirla los criollos cultos y ricos, educados en Francia y en España misma, con las obras de Víctor Cousin, Juan Locke, Miguel de Montaigne y Juan Jacobo Rousseau en sus bibliotecas?

Por un momento, mientras se temió que las cortes de Cádiz resucitasen el descabellado proyecto del diputado Alcocer, aboliendo la esclavitud, don Lorenzo titubeó entre el conflicto de su liberalismo con «el interés del país». La rebelión de esclavos en el occidente de la isla, provocada, según sus noticias privadas, por agentes secretos del fantástico «rey» Cristóbal, de Haití, pero pagada por Inglaterra, y de la cual no llegó ni el rumor a sus negradas, puso también a dura prueba su liberalismo. A pesar de todo, el rico criollo tomó parte principalísima en las fiestas populares con motivo de la proclama-

ción de la constitución española, en la vieja Plaza Mayor, el día 2 de julio de 1812.

Al final de ese año nació el primogénito—Lorenzo, naturalmente, como su padre—, cuyo bautizo fue demorado hasta el 10 de abril del año siguiente, a fin de celebrarlo con toda solemnidad en el nuevo templo de San Francisco, la obra admirable del ejemplar reverendo fray de la Cruz Espi, consagrada ese día inolvidable en los fastos de la villa.

Con sus siete mil habitantes, sus extensos cafetales, zonas de cultivo de plaza, potreros, e incipientes ingenios de hacer azúcar; con la intensidad y diversidad de su comercio marítimo—libre de hecho si no de derecho, y no sólo para el negocio clandestino de esclavos, desde antes del edicto de Fernando VII—, la prosperidad de sus industrias locales y la continua penetración de su comercio terrestre hacia el interior de la ubérrima región central de su jurisdicción militar y política, sentíase entonces en la orgullosa Trinidad el despertar de algo apenas latente todavía en toda la isla: espíritu público. Así hubo de reconocerlo el célebre viajero alemán, don Alejandro de Humboldt, de cuya breve visita a la ciudad, diez años antes, no dejó de hablarse nunca.

Todavía en 1814, piratas franceses e ingleses intentaron un desembarco por el Masío... Los trinitarios supieron dar buena cuenta de los intrusos, sin auxilio del gobierno de La Habana. ¡Y el primer patán recién llegado, a pesar de todo, seguía considerando a los criollos como españoles de segunda!

Pero don Lorenzo de Pablos era un hombre eminentemente práctico. Y cuando desde su casa, atrancada y silenciosa, vio una muchedumbre—¡la misma de siempre!— en agresiva marcha contra el modesto monumento a la Justicia erigido en la plaza rebautizada «de la Constitución», vociferando y sacudiéndose en extraño delirio a los gritos de «¡Abajo la constitución!» y «¡Viva el rey absoluto!»: cuando comprobó, según lo entendió él, la ceguera e ingratitud de las turbas—para él algo idéntico o inseparable a lo que oyera designar exaltadamente con el nombre de «el pueblo» en las ardientes lucubraciones políticas de sus amigos—, don Lorenzo se juró a sí mismo no volver a meterse en aventuras revolucionarias, ni en *juntas* ni conciliábulos de ninguna laya,. Había aprendido para siempre lo que podía esperarse «del pueblo»...

Su esposa, por otra parte, le dio ese año una niña, llevada a la pila bautismal por don Pedro de Aizcorbe, capitán de fragata y tío político de doña Celia de Arriaga. María Celia de la Caridad, la nueva

cristiana, recibió también los espléndidos presentes y mejores deseos de los numerosos amigos de su padre en una gran fiesta. Por más de tres meses esa fiesta, sus preparativos, celebración y comentarios posteriores, fue el tema de todas las conversaciones femeninas. Los viejos rencores parecían obliterados.

Y la dicha de la joven pareja alcanzó su apogeo. Nunca albergó Trinidad dos seres más felices. La arrogancia de don Lorenzo de Pablos adquirió con la felicidad cierta gracia benevolente y acogedora que consagró su derecho a sentirse superior a los demás. La hermosura de Celia de Arriaga fue admitida sin reticencias hasta por las beldades célibes de la villa, señaladas como ex novias de su marido.

Ser completamente feliz, empero, es como empezar a dejar de serlo. Don Lorenzo advirtió un buen día que estaba abandonando un tanto sus negocios. Tuvo un inesperado rozamiento con las autoridades locales, y su amor propio herido le impuso el viaje a La Habana y la apelación directa ante el gobernador general. Doña Celia lloró en la despedida hasta exasperar a su esposo:

—¡Basta, Señor, basta! ¿Qué guardas para cuando me muera?

Llegó, vio y venció. Todo en La Habana, dentro del orden de sus negocios, le salió a pedir de boca. Su fidelidad a su majestad el rey absoluto don Fernando VII, su lealtad al gobierno y el interés en el engrandecimiento de la villa de Trinidad, por la gloria de Dios y del trono, le valieron la formal promesa de una aprobación superior, constante y desinteresada, a sus *importaciones* de los elementos necesarios para el desarrollo de la riqueza pública. Don Lorenzo lo habló y lo oyó todo un poco aturcido, sin reconocerse a sí mismo en aquellas entrevistas en que todo parecía estar dicho y redicho de antemano. A su discreción, por otra parte, y en lenguaje privado un tanto más humano, con arreglo de participaciones y beneficios en el negocio, se confió la necesidad de cubrir las formas y mantener a salvo la irresponsabilidad del gobierno de su majestad, frente a posibles fracasos, por las intromisiones del odiado extranjero, hipócrita perseguidor de la trata...

Cada noche, en tanto, al recogerse en sus habitaciones, don Lorenzo se preguntaba a sí mismo, en vano, por qué había incurrido en tal o cual acto o expresión de ideas que se les antojaban como ajenos a su voluntad, a su carácter: a su personalidad de Trinidad, siempre enhiesta allá, consciente de sí misma e invulnerable.

Una fría madrugada en aquel mes de enero, el esposo feliz de la hermosa doña Celia de Arriaga despertó en una cama extraña: a su lado dormía una mujer. La había elegido él mismo la noche anterior, para no ser menos que sus amigos: peninsulares y criollos ricos, como él, y despreocupados como creía de sí mismo, acaso sin serlo. Porque pensó en su mujer con tristeza... Y la andaluza de picante belleza de la noche anterior se le antojó que nada tenía que ver con aquel rostro amarillento, flácido, horrible.

Al cabo de diez días, y decidido el viaje para el siguiente, don Lorenzo descubrió en sus ropas, y más tarde en su propio cuerpo, las primeras consecuencias de aquellos desdoblamientos de su ego doméstico y provinciano.

Que su más despreciable enemigo lo hubiera insultado y abofeteado en plena Plaza Mayor, hasta tirarlo de rodillas a pedir clemencia, no le habría reportado quizás una sensación más aplastante de asco, de repugnancia de sí mismo, de irredimible humillación.

La ciudad maldita lo había agarrado bien: en ella tuvo que permanecer no algunos días más, como creyó al principio, sino hasta tres meses: ¡tres meses!

Tres meses de descenso gradual, sin remansos ni esperas, a otro ser, a otro hombre: a otro Lorenzo de Pablos del que saliera cierto lejano día —trescientos años atrás— de su villa natal.

Su terca resistencia a ponerse en manos de aquellos cirujanos latinos y romancistas que querían curarlo, su desobediencia para todas las indicaciones de los pocos amigos a quienes confesó su desdicha, sus diarios ataques de ira, sus comidas desarregladas y su furioso andar a pie, aun dentro de su habitación, incapaz de aceptar humilde y prácticamente la realidad, fueron poco a poco complicando su mal, acaso benigno en los comienzos; y dieron con él al fin en cama. Se aisló violentamente de sus mejores amistades, a las que mandó notificar su partida para Trinidad, y se ocultó con la familia del mulato liberto a quien tomara a su servicio al llegar a La Habana.

Cuando, con todas las precauciones del caso, se confió a la ciencia de un médico serio y responsable, de todas las cosas que le oyó decir nada le impresionó tanto como el vaticinio de que ya no podría tener más hijos:

—Tengo dos, doctor; un chico de dos años y una niña de meses...

Su voz no era la del padre que da una sencilla información de esa naturaleza. Era la voz humilde, temblorosa, del náufrago que hace inventario de sus provisiones, frente al horizonte desierto.

—Que Dios se los conserve —dijo maquinalmente el médico.

El nuevo don Lorenzo de Pablos que llegó a Trinidad, hosco y silencioso para los pocos allegados y amigos que supieron de su regreso y acudieron a recibirlo, cristalizó a lo largo de sus noventa leguas de penoso camino, con forzados reposos en incómodas posadas y aun en bohíos miserables, para dar tregua a sus dolores físicos y crisis consiguientes de depresión moral.

¡No! No se perdonaría nunca, mientras de ella se acordase, su propia debilidad. Nadie habría de sorprenderlo jamás en indulgencias análogas de traidora amistad y falsa camaradería. Guardaría su secreto y sus tormentos para él solo, a prudente distancia de todo el mundo. Ya se conocía débil: un muñeco en las manos de los otros. Lo más seguro era vivir en guardia...

Fue, desde entonces, más altivo y dominador, más agrio y despótico que nunca.

En su hogar y para su infeliz esposa, su cambio inexplicable de conducta se hizo pronto demasiado evidente para no causarle nuevas preocupaciones. Un insulso anónimo, que sin formular un sólo cargo contra ella interpretaba maliciosamente las veces que en su ausencia fuese doña Celia a dos o tres reuniones familiares de la villa, le sirvió de pretexto para cerrar de una vez su casa a sus amistades.

Y por algunos años, después de su funesto viaje a la capital, el rápido envejecimiento de Celia de Arriaga fue tema persistente de las murmuraciones. El honor de la desventura vino al cabo a dar la clave del secreto. ¿Qué otra cosa podía ser?

Lo cierto fue que el nuevo don Lorenzo de Pablos, trabajador infatigable desde entonces, y padre, cual ninguno, de sus hijos, ganó en el respeto y la consideración de todos.

Los ensayos de la caña otahití rindieron con largueza los esperados beneficios. El afanoso prócer, en vez de atesorar las onzas de oro en botijas y botijuelas, al estilo de sus contemporáneos, empleó sus cuantiosas ganancias en extender sus propiedades. Descuidó su atavío personal y sólo en algunas, las pocas fiestas oficiales y de puro compromiso a que asistió desde entonces, se le volvió a ver con el ceñido frac de ancho cuello, el ajustado pantalón wellingtoniano, la exquisita guirnalda de encajes y el alto sombrero, tan familiares entre los elegantes de la recóndita villa cubana como entre los asiduos de la Montagne russe del Jardin Beaujon, en la capital del mundo civilizado de la época. Doña Celia no vistió sino de negro.

De cuando en cuando y a despecho de su resolución de ignorarlo todo, fuera del campo de sus actividades agrícolas y bancarias, don

Lorenzo supo de los acontecimientos pábulo de la siseante y misteriosa conversación de sus amigos. La reacción de los denominados «persas» en la política española, el triste papel de España en el congreso de Viena, los fracasos del general Espoz y Mina, del conde de Toreno, de Lacy y los masones gaditanos; la farsa palaciega del año 20 y sus tumultuosas consecuencias en Cuba mientras las batallas de Maypú, Boyacá, Carabobo y Pichincha decidían la suerte de América, llegaron así a sus oídos insidiosamente, como prenuncios de algún cataclismo universal. Junín y Ayacucho, por último, y el entronizamiento del absurdo ministro Calomarde en la península, acabaron de sembrar la confusión más tremenda en su espíritu.

Sugestionado por la perenne inquietud de sus mejores amigos, el próspero hacendado sintió más de una vez, a lo largo de esos años, el temor de ver arrasada la isla por el tifón revolucionario. Algo flotaba en el ambiente, sin duda alguna, que hacía presentir el desquiciamiento de la sociedad humana. El mundo civilizado asimilaba lenta y trabajosamente aquella embriaguez de libertad experimentada por el pueblo de París un cuarto de siglo antes. Las noticias de Europa ya no tardaban en llegar a Cuba más que dos o tres meses: ¿llegaría al cabo la revolución?

Contra esas inquietudes de los criollos jóvenes, y ya camino de su total desilusión respecto al liberalismo de su juventud, don Lorenzo acabó por sostener en sus cada vez más escasas discusiones, entre sus amigos capaces de entenderlo, que la real cédula del año 15, sobre montes y plantíos, había extendido considerablemente en la isla de Cuba el repartimiento de haciendas y la roturación de tierras para ingenios, cafetales y potreros más tarde otorgadas en propiedad por las cédulas del año 17, que abolió los privilegios de la factoría de tabacos, y la del 19, del comercio libre, que hiciera inútiles los gastos infinitos del comercio de contrabando e impulsara la prosperidad de la isla con visibles y extraordinarios resultados.

Así, año tras año, en la segunda década del siglo lo veía el reflejado en su libro de caja. Una fiebre de negocios, de productividad, de riqueza, movía a los más activos e inteligentes hijos del país. De la vieja Inglaterra, como de sus antiguas colonias americanas —los Estados Unidos— llegaban a Cuba noticias de inventos maravillosos, de aplicaciones inverosímiles del vapor de agua hirviendo a las maquinarias industriales. En Cuba, según él lo comprobaba entre sus amigos, el pesimismo alarmista partía de los dueños de cafetales, hasta entonces acostumbrados a ganar y derrochar el dinero sin tasa.

La competencia ruinosa del Brasil acabaría de hundirlos en pocos años: era cierto. Pero: ¿qué importaba ese empobrecimiento de unos cuantos botarates en el cuadro de prosperidad general? El azúcar, en cambio, conforme a sus esperanzas, aumentaba a la vez de rendimiento y de precio...

Sin dejar de sentirse cubano, masón y patriota, y asustado de las violencias entre los ya irreconciliables bandos de «godos» y «mulatos» —como se tildaban mutuamente cubanos y españoles, por la primera vez en la historia de la isla colocados frente a frente— don Lorenzo no pudo decidirse nunca a iniciarse entre las asociaciones secretas de la llamada Cadena Eléctrica ni en la de los Soles y Rayos de Bolívar, que implicaba la libertad de los negros, ¡nada menos! La República de Cubanacán, por último, formulada por el habanero José Francisco Lemus, acabó de empujarlo al conservatismo. ¿Qué sería de Cuba con aquellas negradas sin rey ni roque, prontas para seguir al primer sedicioso, blanco o negro, lo bastante ciego o criminal para utilizar su salvajismo en provecho propio...?

Siguió creyéndose a si mismo liberal, sin embargo, a despecho de sus contrabandos de esclavos, y de su correspondencia con el secretario del secretario del gobierno, allá en La Habana. Sólo que en él no había doblez ni traición alguna —como llegaron a afirmar en voz baja sus encubiertos enemigos— sino puntillo de amor propio. En actos de su clandestino y magnífico negocio sería inexorable: los esclavos, mientras no los veía él con sus ojos, eran como sacos de azúcar o bocoyes de miel: ¡ni siquiera animales! Pero su fama de humanitario y de justo con sus negros —los suyos— estaba bien cimentada. El boca-abajo era un recurso extremo muy poco frecuente en su ingenio Manacanacú, el mejor equipado del valle de San Luis. Usaba facilitar su «coartación» a todo aquel de sus esclavos que le hubiera dado buenas pruebas de su capacidad para ganar y ahorrar dinero. Mientras no le demostrase de ese modo lo contrario, el negro no podía ser llamado «un hombre», no era un ser digno de su libertad. ¿Cuántos, de los que se llamaban a si mismo «liberales» y cubanos puros, procedían de ese modo? ¿No los conocía él, revoltosos y charlatanes hasta el desacato, en cuyas fincas había «composte» a diario?

El fanatismo religioso, la holgazanería, la incapacidad para ganar y gastar provechosamente el dinero... y sobre todo, la inmoralidad, la maldita obsesión sexual (de la que tan tristes consecuencias padecía secreta y desesperadamente) eran para él estigma indelebles de infe-

rioridad. Como que allá en su fuero interno, apenas podía negarse que no apreciaba mejor a muchos blancos y gente muy principal de la villa...

En cuanto a las hembras... No: no quería oír hablar de ellas. Nunca como entonces había comprendido tan claramente el verdadero sentido del origen de los males del mundo, según las Sagradas Escrituras.

Don Lorenzo, en puridad, no despreciaba exclusivamente al negro por su raza. Tampoco confiaba en la superioridad racial del blanco. La mayoría de sus amigos de la juventud limitábanse a vivir de sus rentas, empobreciéndose en lujos y fiestas inútiles. El más vivo e inteligente quizás entre ellos: José Aniceto Iznaga, se había visto obligado a huir de la villa, después de la muerte misteriosa de un pobre ciego, y de dispararle un trabucazo al gobernador, en castigo de cierta supuesta ofensa a su familia. A la postre, todo se volvía conspirar y comentar en interminables discusiones la anarquía política de la península, y la necesidad de seguir el movimiento de emancipación continental. Así habían muerto, tontamente, Francisco Agüero y Manuel Andrés Sánchez. Pero la aspiración carecía de unidad. Unos no se avenían a nada menos que la independencia, conservando la esclavitud. Otros, enamorados de la figura de Bolívar preconizaban la abolición de ésta y se dividían a su vez en separatistas y partidarios de la anexión a Colombia o a México. Otros defendían la anexión a los Estados Unidos, afirmando estar en el secreto de la política del Norte, que así lo gestionaba bajo cuerda. Y nunca faltaba un peninsular de buena fe, mezclado entre los criollos, que pidiera un nuevo plazo para esperar un cambio radical en la política española y con ello el triunfo definitivo de la constitución del año 12, con iguales derechos para todos los pueblos de origen y tradición hispánicos.

Don Lorenzo de Pablos oía y callaba. Su constante correspondencia con aquel «señor García» de La Habana, inspiró siempre desconfianza. Los más exaltados —y menos favorecidos por la fortuna en sus negocios: en nada más limpios ni mejor llevados que los suyos— llegaron a acusarlo de traidor...

El rico hacendado, en tanto, limitábase a desconfiar de las teorías de sus amigos. En su tosudo juicio de hombre práctico le bastaba la conducta según su criterio, del teorizador. Y por ella decidía, erróneamente desde luego, pero de buena fe, del valor de las ideas en discusión. El aumento constante de su fortuna, por otra parte, las múltiples atenciones de su ingenio y de su escritorio —donde trabajaba a veces hasta de noche: siempre solo— y la satisfacción de su creciente

afición por los placeres de la mesa, apenas contrariada por uno que otro empacho, eran realidades demasiado tangibles y atrayentes para sacrificarlas irreflexivamente en cualquiera de aquellas aventuras revolucionarias de sus amigos...

Los fracasos de éstos fuéronle haciendo sentirse, de año en año, más seguro de sí mismo.

La cuestión no era poner pasquines subversivos en las esquinas, no era hablar exaltadamente de libertad, igualdad y fraternidad en las logias y reuniones secretas, ni enviar comisiones a Bolívar o a los hombres de Washington: no era recitar de memoria los versos del joven poeta José María Heredia —el ídolo de los conspiradores— al llevar escarapelas e insignias bordadas en el interior del chaleco; no era pertenecer a tal o cual grupo juramentado, con ridículas ceremonias iniciatorias, y sistemáticamente enfrente de los otros, siempre acusados de tibios, o de traidores...

Lo que había que hacer —y cada año lo veía él mejor, a la hora de liquidar sus ganancias— era trabajar, romper monte y sembrar más caña, importar más «elementos de trabajo», sin dejar de ensayar las nuevas maquinarias, y construir caminos para el interior de la isla y barcos para el mar. Fomentar las inmensas riquezas del país, en una palabra. Y enseñar a todo el mundo el valor del trabajo y del dinero.

Un día fatal del año 25, cuando el primogénito —ya un robusto moce-ton de trece años— murió en sus brazos, víctima de un terrible brote de viruelas que cundió en su negrada y a poco lo arruina, don Lorenzo de Pablos sintió que toda su fortaleza de optimismos venía abajo. Lloró y se humilló públicamente, en las torturadoras ceremonias religiosas del entierro, hasta provocar la conmiseración de todos...

La reacción secundaria fue en sentido inverso. Pero toda su rabia se volvió contra sí mismo. El primero de octubre siguiente se desató sobre Trinidad el terrible tifón llamado después «del Rosario». El cuidado presenció el meteoro a campo raso, desde una loma. A pie firme resistió el vendaval, que parecía desmoronar la sierra y sepultar la villa bajo la inmensa catarata de agua, de piedras y árboles desgajados, ladera abajo hacia Casilda y la boca del Guaurabo, borrados por la espesa lluvia y apenas perceptibles en el negro horizonte.

Y cuando tuvo la noción de que el tifón amainaba sin arrasarlo todo de una vez, como lo deseó furiosamente, escupiendo blasfemias

y desafiando las plumizas nubes, látigo en mano, metióse en la boca de impotente rabia el cabo de la fusta y se partió dos dientes.

Desde entonces su corazón quedó consagrado —tan secretamente, empero, como todo lo suyo— a la Viscayita.

Así había apodado a su hija, por las trazas evidentes de su tronco vasco.

Mariceli —según la propia terquedad paterna, que no procedía precisamente de Viscaya— tenía que ser voluntariosa, como la tradición lo prescribía.

Y así lo hizo, sin darse cuenta. La hizo terca, como él, y espantadiza y hermética: incapaz de dar libre expansión a las ternuras infinitas de su alma.

Así creó entre ellos —padre e hija— un lazo extraño de doble defensa contra la voluntad de los demás, contra el resto de la familia y del mundo. Y adusto, además, árido aun entre ellos mismos, incapaces de las tiernas expansiones sentimentales del amor filial. Se amaron odiándose.

Al fin, y al verla hecha una mujer, comenzó a hacer cálculos con sus propios años y sus esperanzas de sucesión.

—Tengo cincuenta y dos... Con quince años más que viviera, dejaría a mi nieto de catorce años: ¡otro Lorencito!

¿Por qué no? Se sentía sano y fuerte. Su padre había alcanzado los ochenta y tres.

Se vio, en sueños, rodeado de nietos...

Una noche, ante el asombro de sus amigos, se apareció en el parque de Recreo, con doña Celia casi a rastra de un brazo y Mariceli del otro. A la esposa le prohibió el traje negro y le impuso uno blanco, de moaré, conlazos y banda de raso. Mariceli realizó su sueño de vestirse de largo, con botines franceses de raso y un trajecito azul celeste, de muselina de la India.

Pero aquellos mocitos de la villa, y el vejete de don Agustín y el pillastre de Alfredito Pomares...

La Vizcayita, en tanto, cada día más fosca con todos.

Y más santurrona.

Al cabo de un año de decepciones íntimas y de sendas recaídas en su malhumor habitual, don Lorenzo recibió una mañana la visita de su prima política, viuda, además, de un excelente amigo suyo, en cuya casa —una de las principales de Trinidad por aquel entonces— había

conocido a Celia de Arriaga. Don Antonio Luna esperó mucho tiempo para casarse y muy poco para morir. Doña Elena de Arriaga era una de las pocas virtudes indiscutibles de la villa, a pesar de mantenerse joven y no exenta de atractivos. Había vivido sólo para su hijo, excelente muchacho, a la sazón terminando sus estudios de derecho en La Habana, gracias a la decisión y la generosidad de su tío político.

—¿Cómo tan temprano y con esa cara de viernes santo? ¿Qué te duele?

—¡Tú me arrebataste a mi hijo! —estalló de súbito la matinal visitante—. Fue por tu empeño de hacerlo estudiar que hice el sacrificio horrible de separarme de él. ¡En mala hora accedí, Lorenzo! Mira...

Y alargó a su impávido escuchante, ya acostumbrado a sus paroxismos maternales, una carta.

—Ahora —prosiguió—, cuando esperaba que acabase de una vez en La Habana sus malditos estudios y viniese a mi lado, para siempre, ¡que bien poco me queda!, lee: ¡se va para Francia!

Los sollozos cortáronle el habla.

Don Lorenzo, un tanto impaciente para aquellas explosiones sentimentales e incapaz de entender la carta, se apresuró a conducir a la madre junto a su prima, todavía en su recámara.

Doña Elena no cesó de repetir su cantilena:

—Tú me arrebataste a mi hijo, Lorenzo: ¡haz ahora que Juan Antonio vuelva a mi lado! Si él se va para Francia: ¡con él iré a morir en tierra extraña! Tú me impediste que lo siguiera a La Habana. Pero no habrás de impedirme que me vaya con él, si no lo disuades de ese viaje...

## II

### La Vizcayita

*Apartad del espíritu todo lo que sea extraño a la virtud e indigno de vuestros pensamientos; aplicadlo a la piedad y a todo lo bueno; habituadlo a no aceptar ni decidir nada que no haya sido objeto de reflexivo examen... Sea vuestra conducta conforme a los conveniencias... Siempre, y a toda costa, conservaos para, como un tesoro intacto...*

SAN GREGORIO DE NACIANZO:  
*Carta a Basilisa*

La idea surgió en las mentes de los tres, simultáneamente casi.

Don Lorenzo se enojó contra sí mismo por no haberlo pensado antes. El hijo de Antonio Luna era el yerno que él necesitaba. Poco debía faltarle ya para su licenciatura. La carta le hizo saber que ya había terminado... Tendría que ir a Puerto Príncipe...

Doña Cecilia, entre tanto, exponía su pensamiento:

—¿Estás segura, Elena, que no hay faldas de por medio?

—¡Una mujer! —exclamó frunciendo el ceño la madre.

—Por Nochebuena —continuó doña Celia—, la última vez que estuvo aquí y la encontró vestida de largo, Juan Antonio estuvo muy solícito con Mariceli. A mí me pareció que hasta había algo entre ellos, pero no quise llamar la atención y me hice la boba. Y cuando él regresó para La Habana, Mariceli, por mucho tiempo, no hacía más que preguntar por él. Un día le dije algo en broma... Y desde entonces, ni una palabra: tú sabes cómo es ella...

—Pues que yo sepa... —respondió en negativo suspenso doña Elena, como para ganar tiempo y entregarse mejor a su pensamiento.

—De todos modos —insistió la prima al cabo de un silencio, don Lorenzo todavía perfilando el suyo, con la carta a la vista, de expediente para oír y hablar el último—, Juan Antonio es ya un hombre hecho y derecho. A su edad es ya un milagro si no está enamorado. A lo mejor esa idea del viaje es por algún desengaño.

Doña Celia, en todos los actos humanos buscaba la dama.

—Pero... ¡París dicen que es terrible —añadió de repente.

Y hablando más para su marido que para la prima, prosiguió:

—Mira: valdría más que se casara. Juan Antonio es un muchacho redondo: estudioso y obediente como ninguno de los que conocemos.

—A París no va solo: es lo único que les digo.

Pero no se atrevió a ser más explícita la madre. Con relación a su prima y la fortuna de don Lorenzo, se sabía pobre. De su matrimonio, que fuera considerado ventajoso por su tío y único sostén en La Habana —el padre de Celia— apenas le quedaba para vivir allí en Trinidad el resto de su vida. De sus otros parientes en La Habana no había recibido una letra en varios años. A la muerte de don Fernando de Arriaga había sido su esposo, don Antonio Luna, el único que hablara de hacerse cargo de Celia, la huérfana. Ahora era ésta, gracias a su matrimonio con don Lorenzo de Pablos, la que resultaba discreta y generosa protectora de ella y de su hijo. Pero doña Elena conservaba muy vivo el recuerdo de sus buenos tiempos y no quería exponerse al juicio temible de aquel formidable marido de su prima, delante del que nunca se sentía a sus anchas.

Por otra parte, era demasiado pronto —pensó— para hablar del matrimonio de su hijo. Mariceli era un buen partido sin duda alguna. Mas era voluntariosa como ella sola. El papaíto con faldas. ¿Qué clase de esposa haría? Y a ella misma, la madre, ¿qué papel le estaría reservado en la familia?

Don Lorenzo habló al fin. Juan Antonio no iría a París. Antes de seguir viaje para Puerto Príncipe, ante cuya audiencia debía comparecer para su licenciatura, ya se buscará algún pretexto para que se detuviera en Trinidad algunas semanas. El quedaba encargado de disuadirlo de aquel viaje a Europa.

No dijo más, seguro de no haberse comprometido.

Cuando llegó a su casa, sin embargo, doña Elena se sentó inmediatamente a escribirle a su hijo:

«Mariceli —escribió en un momento de irreflexión, mezcla de orgullo, de celos, de arrumaco maternal y de femenina dobleza—, Mariceli no hace más que preguntar por ti.»

Así fue en vano que callara todo lo demás.

Mientras don Lorenzo, por su parte, espetó sin rodeos la pregunta a su esposa, tan pronto quedaron solos:—¿Qué te parece Juan Antonio Luna para marido de tu hija?

Doña Celia estuvo a punto de olvidar su comedimiento habitual. ¡Era tan extraño que su esposo le hablara en aquella forma!

—Tú sabes que Juan Antonio es para mí como un hijo, Lorenzo. Si a ti te parece bien: ¿qué quieres que yo te diga?

La Vizcayita, demasiado inteligente para vivir sin inquietudes en las tinieblas de su supuesta inocencia, no pudo al principio descifrar el misterio de las conversaciones a media voz —como siempre y con el mismo resultado contraproducente de excitar su curiosidad— en las que su nombre y el de su primo Juan Antonio sonaban frecuentemente juntos.

Cuando se dio mejor cuenta del asunto, su propia, intensa emoción, la engañó. Conforme a la tendencia habitual de su ego voluntarioso y altivo, creación de su padre, se creyó obligada a resistir. Su vanidad de hembra en agraz, lejos de gozarse en la posible conquista de un marido, se sintió lastimada.

¿Podía acaso someterse mansamente al sigiloso arreglo, hecho no sólo sin contar con ella, sino entre burlonas referencias a sus más íntimos sentimientos? Con la terrible seriedad de sus pocos años, el tono afectuosamente irónico de su padre y la sonrisa blanda de su madre, al referirse a sus inocentes conversaciones con el primo, antojáronsele abusivas groserías. No: no era verdad que ella hubiese hablado ni actuado de esa manera tan ridícula delante de su primo Juan Antonio.

Una tarde, a la hora de la siesta, pocos días después de su descubrimiento, la idea del matrimonio, blanca y resistente hasta entonces como la superficie helada de un lago, por donde su irritada voluntariedad se deslizara en giros caprichosos, sin noción del peligro, quebróse de repente.

Delante de ella, en el arriate central del patio, acogidos a la sombra, salpicada de sol, de la mata nueva de aguacate, una pareja de palomas se acariciaban. Se «casaban»...

La tía Asunción —una de sus interrogaciones insatisfechas— vino la primera a su memoria. Y sacándole ventaja enseguida, el recuerdo inseparable de su padrino, don Pedro de Aizcorbe.

Asiéndola con afectuosa brusquedad por los brazos, y atrayéndola a sí para besarla en la frente, con los ojos cerrados, el padrino repetía siempre lo mismo, con su rudo acento peninsular:

—¡Eresh shu vivo retrato! Shu cuerpo, shu pelo, shu boca... ¡Y los ojosh!

Y añadía algo después, para sí, que al fin logró entender Mariceli claramente:

—¡Diosh no quiera que seash en todo igual a elya!

Don Pedro de Aizcorbe —que recibiera su bautismo de fuego en la batalla de Trafalgar, un cuarto de siglo antes— había casado con una Arriaga, tía paterna de su madre.

Pero está, negada sistemáticamente a responder a sus preguntas, le había prohibido que hablase de ella.

Y cuando comenzaba a resignarse al misterio —atraída acaso por otros mil, no mejor esclarecidos— volvía el padrino a Trinidad...

Recordó, con la prodigiosa fidelidad de su memoria, la con-sabida escena, cada vez que don Pedro de Aizcorbe hiciera su entrada triunfal en la casa, laboriosamente preparada para el acontecimiento.

Los hombres iban hasta Casilda, con las autoridades, tan pronto del monte Vigía se anunciaba que la esperada «San Fernando» había sido avistada. Y las mujeres hallaban siempre algo que hacer, a última hora. Esas mañanas a ella no la dejaban entrar en la cocina.

Bajaba el tío de la calesa entre los criados y los curiosos de la calle, agolpados a la puerta. Todo el pueblo sabía ya de la llegada del vistoso personaje, con el pecho lleno de condecoraciones, la espada al cinto y el enorme sombrero, rematado por un cimbrante plumaje blanco...

Y su mamá, que lo esperaba solemnemente en el estrado de la sala, avanzaba unos pasos, siempre con una adorable sonrisa en los labios y lágrimas en los ojos —lágrimas de verdad— para dejarse abrazar y besar en la frente:

—¡Bienvenida su mercé! —se decía entonces, a coro, con la madre y los esclavos, reunidos en la saleta para el acontecimiento.

Ella esperaba su turno, y repetía la bienvenida al acercársele el imponente uniforme.

Su padrino no le hacía gran caso entonces. Olía muy extraño y el sudor le corría a chorros por la frente. Prohibido secarse la suya, después del beso, aunque el sudor del padrino le resbalase hasta la boca. Prohibido.

Pero en lo que ella pensaba con más insistencia era en el gran penacho blanco, que como un pájaro precioso volaba primero sobre su cabeza, al abrazo de la madre, para desaparecer después detrás de ella, precisamente cuando más vivo era el deseo de pasar sus manecitas por sobre las bellas plumas albisimas...

Después del almuerzo, despojado de sus reflejos de oro y de su gruesa chaqueta y entre los abanicos de los esclavos, sentado siempre

al borde de la silla —nunca vio a su padrino balancearse en una mecedora— con las piernas abiertas y el enorme cigarro entre la espesura del bigote, era que comenzaba por contemplarla demoradamente:

—¡Eshá hecha una muj-jer...! —exclamaba a media voz, en la que la gutural detonaba como si el padrino quisiese desprenderse una espina de pescado de la garganta.

Y en vano su madre hablaba con más locuacidad y el padre intervenía con algún asunto de apremiante interés. Don Pedro, sin cuidarse de ellos, como hombre acostumbrado a ser oído, acababa por llamarla a su lado, agarrarle ambas manos con las suyas, peludas y enormes, y examinarla a su gusto, como si fuera siempre la primera vez que la viese.

De pronto, con un extraño impulso que Mariceli aprendió a esperar, la atraía a sí y la besaba, cerrando los ojos, mientras musitaba entre dientes:

—¡Dios la haya perdonado!

Después, en voz alta, despidiéndola de su lado, añadía:

—¡Dios te bendiga, hija mía, y te libre de todo mal!

Y eso era todo. Porque sus padres le ordenaban entonces, de modo terminante, salir a jugar.

Jugar, para ella, en aquellos días, solita en aquel cuarto deshabitado, donde se conservaba todo lo inútil de la casa y tenía ella sus juguetes, no era otra cosa que repetir la escena, de cuyo dramático contenido su precoz sensibilidad algo le dejaba entrever.

Agarraba alguna de sus muñecas —Pilar, Leticia o Rosalía— y la contemplaba un momento:

—¡Qué crecida estás! —repetía—. ¡Y qué linda! ¡Eres su misma cara, Dios mío!

Poco a poco, con los datos que iban esclareciéndose en su imaginación, añadía por su cuenta:

—¡Pero no seas como ella, que fue muy mala, muy mala!

Para acabar siempre poniendo los ojitos en blanco, como el padrino terminaba con ella:

—¡Dios la haya perdonado!

Pasaban al fin los días que el padrino estaba en Trinidad, y después de la alegre excursión a Casilda, a despedirlo, sus padres solían cambiar bruscamente de gesto y de tono, y hablaban sin rebozo de la tía Asunción.

Ella no preguntaba nada. ¿Para qué? Había descubierto que oía más con su catecismo en las manos, o su pizarrita de las cuentas, o su bastidor de bordar, y haciendo a sus padres olvidarse de ella. De este modo supo que había sacado la blancura sonrosada, los ojos azul acero y el pelo

rubio cobrizo y ensortijado de la tía Asunción. Que ésta se había casado con su padrino apenas salida del convento y muy a su despecho, pues quería ser monja. Y que más tarde, inesperadamente, había hecho algo malo, algo terrible, contra el bueno de su padrino...

De esas conversaciones, con todo, Mariceli no recordaba haber obtenido una satisfacción completa para su ansiedad de saber las cosas como debían ser. De niña se recordaba ella bien: era impetuosa, alegre, franca. Lo preguntaba todo, sin precaución alguna para escuchar. Y siempre tropezaba con algún ceño arrugado:

—Esas preguntas no las hacen las niñas.

A lo largo de esos años, e insensiblemente, las frases de «pecado», «perdición del alma» y otras por el estilo, que había repetido en sus oraciones desde su infancia, sin parar mientes en su significado, fueron adquiriendo un sentido aterrador, en relación con sus nuevas nociones de las cosas del mundo.

Inclinóse a rezar con más profunda devoción, empeñada en no ser «mala», como la tía Asunción. ¿Sería por parecerse a la misteriosa tía, por lo que sus padres, antes de la muerte de Lorencito, no se ocupaban para nada de ella; por lo que Lorencito se llevaba todas las caricias, los regalos, las indulgencias, y ella solamente los regaños y las rotundas negativas a sus interrogaciones?

Un día, poco antes de la muerte del preferido, la actitud de su madre para ella cambió de repente. Fue después de aquel gran temor suyo de estar herida por dentro. Su madre le repitió muchas veces que «aquello» era «natural». Pero antes de acostumbrarse al extraño fenómeno periódico, sus terrores y el empeño de su madre en que callara, en que no hablase a nadie de aquello, mientras le recomendaba con insistencia, que «dejase de ser como era», prohibiéndole sus juegos favoritos, al par que su hermano, sembraron nuevas y más apremiantes interrogaciones en su imaginación.

Ma Irene —la vieja esclava, que había sido nodriza de su padre y todos en la casa consideraban de un modo extraño, aunque se riesen de su lenguaje incomprensible, y de sus manías— le había inculcado de niña cierta noción absurda del cielo y del infierno. Los blancos «malos», según ma Irene, sufrían después de muertos los mismos castigos que en vida recibían los negros. Éstos, al cabo, lo eran por sus pecados, o los de sus padres. Y si eran buenos en vida, tornábanse blancos al subir al cielo.

Los barracones de esclavos, allá en el ingenio, donde por mandato de su mamá nunca se le había dejado entrar, provocaron en

ella un curiosidad irresistible, y una impresión de desencanto, primero, pero de creciente repugnancia más tarde. Nunca había podido alejar de su memoria el recuerdo molesto, punzante, de cierta escena del «tumbadero», atisbada en unión de su hermano Lorencito. La oscuridad, el hedor insoportable, los gritos paulatinamente más débiles del condenado, hasta quedar inmóvil, la ferocidad del otro negro, el contramayoral, las cabezas de los otros esclavos, metidas en los cepos, las salpicaduras de aquel aceite, que después de acostumbrarse su vista a la semioscuridad del barracón comprendió que era sangre: todos los pormenores de la escena que de pronto le habían entrado juntos en los sentidos, fueron separándose después, en pesadillas y reiteraciones imaginativas, mientras en compañía de su mamá se rezaba el rosario. Sus alaridos repentinos y sus balbuceos bajo el interrogatorio violento de sus padres, despavorida todavía y toda temblorosa, le habían acarreado torturas infinitas, miradas de desconfianza de los otros, consultas de médicos y hasta prohibiciones de comer lo de costumbre, con las inevitables cucharadas de repugnantes pócimas.

—La edad. El cambio. Desarrollo prematuro —decían sus mayores.

Palabras tan vacías de sentido para ella, como las que oía entre los esclavos:

—Mabuya. La cosa mala. Elegbará. El *Ánima Sola*.

En las extrañas fantasías de ma Irema, más que en las explicaciones maternas del catecismo, había experimentado sus primeros terrores místicos. La mímica emocionante y las fábulas, incoherentes pero vividas, de la vieja esclava, se acordaban mejor con su preparación mental para lo metafísico que la fría historia sagrada de su madre, y el esfuerzo de aprenderse largas oraciones de memoria, de cuyas palabras nunca se le explicaba satisfactoriamente el sentido.

Después de la terrible y larga crisis doméstica que siguiera a la muerte de su hermano, perdida toda oportunidad de corretear y jugar con él libremente, fueron los libros su único refugio. Y gracias al cambio de actitud de sus padres pudo atesorar, por algún tiempo, cuanto la diligencia de don Antonio, el mercader catalán de la calle Gutiérrez, trajo a sus manos. Don Antonio, naturalmente, se los mostraba primero a su mamá, con el permiso de su ilustrísima estampado en las primeras páginas.

Su fervor religioso —si diferente al de su madre y de su tía Elena y de cuando en cuando brutalmente combatido por su padre, que en sus crisis de malhumor le daba por blasfemar delante de ella y califi-

carla con los más duros epítetos, hasta provocar la intervención de la madre—, le proporcionó varios años de relativo reposo.

En los libros, por lo menos, sabía de un modo definido y tranquilizador dónde estaban el bien y el mal. La vida de los mártires era el camino recto, si escabroso y doliente. Su propio camino, en cambio, no podía ser más tortuoso. No sabía qué hacer con ella misma, asediada constantemente por curiosidades malsanas y vagas crisis de indefinible malestar, durante las cuales se aburría invenciblemente de sus libros sagrados, y se complacía en otros que habían llegado a sus manos sin saber a derechas cómo: *Corina, o la Italia, La familia Vieland, Historia de una joven rusa*.

Entre los libros de su padre, sin embargo, que para su mal se le ocurriera rebuscar un día, hubo de dar con aquella emanación del infierno, que por haber perdido las primeras páginas ni su propio padre sabía probablemente que lo guardaba. Refería el libraco, sin principio ni fin pero con algunas ilustraciones terribles, las aventuras de cierto barón de Faublas...

Con el traje largo y el cambio repentino operado en su padre, las alusiones al matrimonio en perspectiva no hicieron sino aumentar sus vacilaciones y sus dudas. Del mero disímulo en presencia de los otros, para escuchar mejor, recayó en su picardía infantil de espiar detrás de las puertas. Y no sólo a sus mayores y a las visitas, antes de entrar en la sala, sino a la gente de la calle, a cualquier hora del día o de la noche, detrás de las persianas de su cuarto.

Por lo demás, de su conducta nadie podía tener queja ni agravio. Era obediente con sus padres, afable para sus amiguitas —las pocas amistades consentidas por sus mayores— y dulce para sus servidores. El buen padre Reguera, confesor de su madre y de la tía Elena, encomiaba en voz alta, delante de éstas, sus virtudes.

Pero Rosario —su criada esclava, sólo dos o tres años mayor que ella y de ejemplar mansedumbre— era acaso el único ser humano que merecía enteramente su confianza. Con ella podía mostrarse jovial, y hasta pícara, sin miedo. Con ella y sin testigos de la familia, podía reír a sus anchas. ¡Reír! A veces en la misma iglesia, las dos solas, gracias a que Rosario reaccionaba siempre la primera, no las echaban por escandalosas. Ma Irene, delante de quien no se sentía obligada a disimular, la había acusado muchas veces de «mosquita muerta». Sólo que Rosario, al fin y al cabo, era más cobarde que ella:

—¡Eso es pecado, Mariceli, por Dios! —le decía muchas veces—. Tienes que confesarte...

Y el padre Reguera nunca la había tomado en serio como penitente. La trataba como una hija y le daba los mismos consejos prácticos

que su madre. Poco antes de su muerte —llorada en la casa como una desgracia de familia— hasta le afeó lo que él llamaba su «mojigatería». El buen viejo quería verla siempre alegre y revoltosa, como le aseguraba todo el mundo que había sido ella. Seguramente lo era, allá muy abajo y adentro de su alma. Muchas veces se sorprendía a sí misma cantando aires populares. Y con Rosita Malibrán —una amiguita suya que era un demonio, y contra la cual su madre la prevenía constantemente, y las vigilaba sin descanso cuando estaban juntas— había aprendido a bailar la mazurka. Y secretamente, a despecho de la vigilancia maternal, algunos pasos de la caringa y la cachucha... Contra todo eso, precisamente, era que tenía que luchar sola, porque el confesionario no la ayudaba.

El padre Remigio —sucesor del buen padre Reguera— fue para ella una gran esperanza. Tenía una copiosa biblioteca, ricamente encuadrada, en contraste con su evidente pobreza y su macilento aspecto de tísico. Oyó sus primeras confesiones —acaso recelosas— con profunda atención. Y al dirigirse a ella para darle los primeros consejos, le pareció más elocuente e inspirado que en sus sermones, idénticos a los del padre Reguera.

Después, en privado, el nuevo párroco supo conquistarse las simpatías de su padre. Recitaba de memoria deliciosos versos de los místicos españoles, que ella tuvo después la dicha inefable de leer y releer por cuenta propia. Fray Luis de León le dio un sentido nuevo al campo, a los pájaros, al cielo en las noches serenísimas de su patria...

San Juan de la Cruz, en cambio, provocó en ellas reacciones extrañas de misticismo:

*¡Oh, llama de amor viva,  
que tiernamente hieres  
de mi alma en el más profundo centro!  
Pues ya no eres esquiva,  
acaba ya, si quieres:  
rompe la tela de este dulce encuentro...*

A medida que su soledad espiritual fue trocándose, de áspera y triste, en dulce y leda, los proyectos matrimoniales de su padre fueron haciéndosele importunos.

Del convento de San Francisco, cuyas ventanas altas divisaba elevándose sobre el tejado de su casa, mientras leía o bordaba, sentada junto a uno de los arcos de la vasta saleta, llegaban a sus oídos dulce cánticos religiosos. El resonar de las campanas, dentro de la

casa, era en cambio como la voz de un Dios inexorable, el Padre eterno, un poco como el suyo. Su sueño era un convento de monjitas blancas y limpias, con celdas sobre un gran patio cubierto de albaha-ca, de embeleso, bijauras, pensamientos, vicarias y varita de san José: aquellas modestas flores de su jardín, que vivían gracias a ella. Y siempre nuevos libros de vidas de mujeres ejemplares como Antonieta Bourignan, Juan María Bouvier de la Motte y la otra Juana, «la Virgen de Venecia», o bien de aquellas otras distinguidas en las cosas el mundo, como Madama Daciere —Anna Le Febre—, traductora de clásicos latinos, Gabriela Emilia de Bretevil, marquesa de Chatelet. Sin faltar santa Teresa, ni la mexicana sor Juana Inés de la Cruz a quienes el padre Remigio le había enseñado a admirar.

*Hombres necios, que acusáis  
a la mujer, sin razón  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis  
Si con ansia sin igual  
solicitáis su desdén,  
¿por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?*

Fue en este momento feliz de su vida, cuando creía haber definido su vocación religiosa, que cayó en cuenta del último proyecto matrimonial de sus mayores.

Había oído otras veces a su padre, hablando con don Antonio, el mayoral, disponer así de las esclavas jóvenes: cuando las vendía a otros hacendados amigos, o las compraba para sus negros más robustos y sanos, con el propósito bien determinado de «tener buenas crías». Su padre esperaba de ella y de Juan Antonio —del que se expresaba como de un toro o de un caballo— «hijos fuertes y sanos». Y «nada de hembras». Si el primer «parto» le dice ella una hembra: «una chancleta», la tiraría él mismo al pozo, de cabeza. «Muchos»: todos los que «pariese»...

Con tal lenguaje, sin una sola protesta de su madre o de la tía Elena, hablaba de ella su padre: el amo.

¡Y su madre aludía a sus juegos inocentes con su primo, dándole a cada frase y a cada gesto suyo un sentido malicioso! La «mosquita muerta» se había «alebrestado» de lo lindo en las últimas fiestas de navidad, separándose del grupo cada vez que ella —la madre— se descuidaba, para irse sola con Juan Antonio hasta la orilla del río...

Desistió de seguir espiando, detrás de las puertas, los consejos de familia. Nunca se había sentido más sola ni más desamparada entre los suyos.

Las palomas, en el patio, seguían arrullándose...

¿Por qué los seres humanos —pensó— han de trocarlo todo en malicia, en pecado, en misterios impenetrables; en soledad para su alma?

Evocó, sin embargo, con extraña insistencia desde entonces, sus recuerdos de Juan Antonio. ¡Si al menos fuese él capaz de comprenderlo! ¡Si pudiese ella ser franca con él, abrirle su pecho, decírselo todo, todo...!

Con su presencia —que al fin llegó el día del temido rencuentro— Juan Antonio Luna hizo más daño que favor a su causa. Su ilusión de certidumbre respecto a los sentimientos de su prima hacia él, dióle una familiaridad insoportable, casi insultante para ella. ¡Hasta abrazarla bruscamente intentó el primer momento que se hallaron solos!

Mariceli perdió de repente toda esperanza, y se encerró en sí misma.

Tenía enfrente a un enemigo más. Pero se trataba de la salvación de su alma. Y a ella la guiaba una inspiración superior a todas aquellas fuerzas combinadas del mundo temporal.

Mundo de padres bárbaros y madres incomprensivas, de amos y esclavos, de verdugos feroces y cabezas en cepos, de hedores repulsivos, de plagas, de miedos...

Y de eterna soledad para el alma.

### III

## Anochecer

*Estavaraka: Pegadme, matadme si queréis. No podré hacer lo que mi conciencia me prohíbe hacer. Los dioses ya me han castigado con la esclavitud por las culpas de una vida anterior; no quiero correr el riesgo de ser castigado otra vez volviendo a nacer esclavo...*

*El carrito de arcilla.*

Drama hindú atribuido  
al Príncipe Zudraka, siglo II A. D.

Como con frecuencia venía sucediéndole desde su llegada, Juan Antonio Luna sintió una incipiente desazón al oír las pisadas del caballo, al costado de la casa vivienda. Columbró enseguida la sombra del jinete, que manchó fugazmente el horcón esquinero del portal —teñido en aquel momento de rosa por el sol, ya a medio enterrarse en su alto túmulo del monte Vigía—, y vio al fin la robusta figura de don Lorenzo desmontarse vigorosamente de un salto, frente a la entrada del portal.

Lo admiraba, sin embargo. Lo quería.

A su llegada de La Habana, pocos días atrás, la bienvenida no podía haber sido más cordial. En sus charlas familiares, como prueba de confianza, solicitaba su aprobación con un guiño, para burlarse afectuosamente de su mujer o de su hija:

—Por qué como usted «sabe» mi joven amigo, las mujeres...

Don Lorenzo le daba un énfasis peculiar a aquel tiempo del más difícil de los verbos. Pero él, de ningún modo, «sabía» nada. Delante de don Lorenzo todo lo aprendido en sus años de bachillerato y de derecho se le borraba: se le escapaba de la memoria. Nada había aprendido él que valiera por una sola de las afirmaciones aplastantes de su tío. Don Lorenzo era todo afirmaciones. Para él era el centro de la tierra. Y el mundo, debajo de él, se reducía a una bola: todo lo demás quedaba como un declive, en equilibrio inestable.

Hasta el caballo, privado de su jinete y por las riendas en las manos de un esclavo parecióle al joven haber perdido sus bríos, y que marchaba tan incorpóreamente como su sombra dibujaba extrañas

figuras elásticas sobre la hierba, contra el muro del arriate central y el árbol cercano después, para desaparecer de repente, arrojando lejos el eco cada vez más vago de sus pisadas. En tanto, el amo ascendía los pocos pasos de la escalinata con pisadas resonantes, dueño y señor de leguas y leguas a la redonda, vértice de las sonrisas de doña Celia y de Mariceli, en amorosa espectación del llegado (como si no lo hubieran visto marchar a su diaria excursión vespertina dos horas antes), dueño — pensó Juan Antonio — del mismo sol, ya autorizado para descansar, como el caballo...

—¡Hola!

A la hija, una palmadita en la mejilla. A doña Celia el ponderoso brazo sobre el cuello.

Y enseguida, a su tema, el único que interesaba en aquel momento «a todos los que la presente vieren y leyeren», como decían los bandos:

—No he visto al mayoral. Salió esta mañana con los perros traídos de La Habana. Cuando los dejé, a mediodía, seguían un rastro por vuelta de San Juan de Letrán. Creo que vamos a recuperar algunos cimarrones. Con esos perros y con la gente que lleva Antonio no hay palenque que valga. Y me parece que hay trabajo mañana para la «cáscara de vaca»... Vamos a estar de fiesta mayor en el «tumbadero».

—¡Jesús, papá!

Juan Antonio se limitó a sonreír. A pesar de sus alardes, sabía él que don Lorenzo no se distinguía por cruel con sus esclavos. Casi le agradeció la exageración. Así lo miró al fin de frente. Y volvió a hallarlo humano, nada más que humano. Acaso un poco demasiado ventruado ya, bajo su enorme sombrero de paja.

La madre quiso saber más, y para ella fue el resto, sin énfasis cómico, el reporte sobre sus actividades de la tarde. Juan Antonio volvió a su atención amante de la hija y en significativos guiños expresó su benévolo escepticismo ante las amenazas del padre. Después se acercó a ella y formuló en voz baja su opinión:

—No hay que tomarlo al pie de la letra: tú sabes que él no extrema nunca sus rigores contra los pobres negros.

Mariceli expresó su horror hacia la inevitable escena de torturas. Habló extensamente, como no la había oído desde su llegada. Y habló en aquel, su extraño lenguaje nuevo de exaltada cristiana, con variaciones sobre el Kempis y los padre de la iglesia...

Él no podía decirse que su prima trataba de engañarlo, al repetirle aquellos graves aforismos como si fueran suyos. Mariceli hablaba

con el calor inconfundible de la sinceridad. Pero en verdad aquélla no era la Mariceli de sus recuerdos. Ni mucho menos la de sus ensueños amorosos, allá en La Habana, después de cierta carta de su madre...

«Mariceli no hace más que preguntar por ti...»

Ante ellos descendía suavemente la colina sobre la que se alzaba la casa vivienda del ingenio, junto al recodo suroeste del valle de San Luis. A la derecha, por el gran muro verde del monte Vigía, trepaban insidiosas las sombras del crepúsculo, hacia la cumbre en llamas. Al frente, un grupo de nubes simulaba otro incendio de púrpura sobre las lomas del Solitario. Y allá a la izquierda, a la salida del valle, las lomas lejanas de Sancti Spíritus hiperbolizaban sus contornos imprecisos desliándolos entre las altas nubes grises, ribeteadas de rosa. Un vasto golfo dentado semejaba la mandíbula inferior de un monstruoso dragón. Cerca del Solitario, sobre blanquísima espuma, se asentaba un budha negro y rotundo. Los mosquitos iniciaban su coral vespertino imponiendo poco a poco su monótono zumbido sobre el eco muriente de los cantos y susurros de las aves.

Sol y sombras, montañas y nubes hablaban también de eternidades, de un Dios prehumano e inconcebible, indiferente por igual a todos los seres de aquella naturaleza penetrante e impenetrable, sin relación alguna con el místico alegato de su prima.

Todo aquello —pensó Juan Antonio— preexistía en su sitio, con la repetición al infinito de sus infinitos cambios, por siglos de siglos antes del Descubrimiento: antes de que vinieran los españoles con sus odios y ambiciones letales, con sus esclavos, sus sacerdotes, su Dios sombrío de Israel y su crucificado desnudo y sangriento, como el de la Vera-Cruz que acababa de ver en la iglesia. De todos los rincones del mundo, le pareció que su isla querida era la tierra menos a propósito para aquel dolor y aquella tristeza dramática. Cada viaje que hacía hasta Trinidad, después del ardor patriótico ideológico incubado en las aulas y en las entrevistas de su diario trato en La Habana, con hombres como don Francisco Arango, don Tomás Romay, don José Antonio Saco, su joven amigo Domingo del Monte y tantos otros espíritus generosos, lo obligaba como a una revalorización de su patria. Y crecía su convicción de que mucho de aquello, traído por los españoles de la vieja Europa, tendría que ser echado por la borda, antes de hallar Cuba su verdadera expresión. Como si se hallara todavía solo en su cuarto de estudiante comenzó a recitar para sí versos de Heredia, su poeta admirado:

*Te hizo el cielo la flor de la Tierra  
mas tu fuerza y destino ignoras...*

Con un brusco movimiento de camaradería, que Mariceli tuvo que reprimirse para no repeler, murmuró al oído de su prima, en voz muy baja, dos estrofas más. Y prosiguió, dilatando su mirada plena de ardor sobre el horizonte:

*¿Ya qué importa que al cielo te tiendas  
de verdura perenne vestida,  
y la frente de palmas ceñida  
a los besos ofrezcas del mar;  
si el clamor del tirano insolente,  
del esclavo el gemir lastimoso  
y el crujir del azote horroroso  
se oye sólo en tus campos sonar...?*

Un doble movimiento de Mariceli, de recelo primero, con una mirada furtiva a su redor, y de calma después, le hizo al fin darse cuenta de su imprudencia.

Pero don Lorenzo ya no estaba en el portal. A espaldas de ellos, silenciosamente, doña Celia proseguía su interminable labor de agujas.

—¿Conoces esos versos?

—Sí. Pero prefiero otros poetas, otros temas... Fray Luis de León, por ejemplo.

Hubo un silencio. Mariceli, suavemente, se alejó del joven. Y con plena dejadez, como si se sintiese sola en su habitación —olvidada a su vez de las convenciones, al cabo de varios días de tener a Juan Antonio a su lado—, se echó de espaldas en la hamaca.

El primo arrimó con familiaridad su taburete a la baranda del portal y se sentó enfrente de ella.

La hora imponía silencio. El sol borró al fin su última pincelada rosa de las nubes. Y del fondo de la barranca ascendió un vaho untuoso de jazmines.

De repente, como si la imagen hubiese penetrado en un reducto hasta entonces virgen de su propia conciencia, el joven «descubrió» que su prima era linda.

En escorzo, como la veía en aquel instante, con la barbilla en alto y la cabeza circundada de cúpreos reflejos. Mariceli ejerció sobre él una extraña seducción.

¿Era acaso ahora que se enamoraba realmente de su prima? La sensación, por lo menos, era rigurosamente nueva. ¿Qué cosa había

sido entonces la criatura de sus ensueños amorosos, allá en La Habana, desde la carta inolvidable de su madre: «Mariceli no hace más que preguntar por ti...»?

—Lamo la ñama, señorita —dijo una voz humilde.

—Voy...

Y al entrar en la casa doña Celia, los dos jóvenes quedaron solos en el vasto portal.

Mariceli trató de incorporarse. Se había impuesto, siempre que hubiese visitas, no echarse de aquel modo en la hamaca. La noción de estar sola con un hombre, y en aquella postura de entrega, la asaltó de repente. Y sus ideas, como palomas asustadas, volaron en varias direcciones. La sangre le afluyó al rostro.

—¿Qué te pasa?

Juan Antonio clavó sus ojos en los suyos, gris-azules. Advirtió el sonrojo y sonrió con petulancia masculina.

—¿Tienes miedo a quedarte sola conmigo?

—¿Miedo? ¿Por qué? Vaya una idea que se te ocurre...

Saltó con demasiada violencia de la hamaca, y leyó en los ojos de él que en su torpe movimiento había dejado al descubierto sus piernas. Desconcertada, se sentó en un taburete.

Entre arrobado y burlón, Juan Antonio consideró su cuerpecito de muñeca; sus pequeñísimos pies, de alto empeine rebosando sobre el ceñido escarpín, sus caderas redondas, su abultado seno —acaso el único signo de feminidad plena en su frágil apariencia de niña— sus hombros, su barbilla, su boca. Y la aureola rojiza de sus crespos rubios, tan rebeldes, como siempre, a la convencional disposición del peine.

Como empujado por una fuerza irresistible, más que sobre sus piernas inseguras, dio un paso hacia ella...

A medio camino tropezó con sus ojos, desmesuradamente abiertos. Y se detuvo.

—¡No, no me huyas! —suplicó ante su inequívoco ademán de fuga—. ¡Es la única oportunidad que tenemos para hablarnos a solas, y tratar de entendernos!

Siguió hablando atropelladamente. La súplica había tornado el desfavorido gesto en nuevo rubor.

—Tú me quieres, Mariceli. Lo dice todo el mundo. Tus padres y mi madre están conformes. La gente nos tiene por novios. Sin embargo, parece que no quieres oírme. Siento que algo nos separa... No sé. Yo te amo con toda el alma. ¿Por qué me huyes?

Se detuvo. Después de sus palabras primeras, aquel «yo te amo con toda el alma» le pareció libresco y falso. ¡Qué difícil ser siempre sincero, decir nada más que lo justo!

Al cabo de un largo silencio, Juan Antonio volvió a su lugar, desconcertado. Decididamente, no podía entenderse con «su novia». Mariceli, enfrente de él, le quedaba más lejos que allá en La Habana, cuando pensaba en ella, impaciente por terminar sus estudios de derecho y correr a Trinidad, antes de seguir viaje a Puerto Príncipe. Todas sus anticipaciones deliciosas de aquel viaje le fallaban de repente, como el habla misma.

Remontó, como por sobre un torrente helado, todos sus recuerdos del proceso amoroso. Aquella ventolera de Mariceli y del casorio, al cabo, era cosa reciente...

Desde su primer arribo a la capital, cumplidos apenas sus dieciocho años, la pasión política había borrado casi de su memoria las melancolías y sentimentalismos de su adolescencia. Se sustanciaba a la sazón el proceso contra José Francisco Lemus, jefe de la conspiración denominada de los Rayos y Soles de Bolívar; y sus simpatizadores apenas se ocultaban para expresar su entusiasmo por el ideal de independencia. En los pasillos del seminario se discutían con ardor los temas del día: los triunfos de la revolución en Tierra Firme, de donde cada barco traía las legiones destrozadas de los realistas; la figura ya casi inverosímil de Simón Bolívar; las maquinaciones del rey Fernando VII contra la libertad y la constitución; la Santa Alianza y la actitud de los Estados Unidos del Norte.

Poco antes de terminar su bachillerato, el día que se supo en La Habana el desastre de la ridícula expedición contra Tampico, Juan Antonio escapó milagrosamente de ser preso. El escarmiento, sin embargo, no dejó de hacer mella en su espíritu. Sofrenó sus expresiones y sus sentimientos se hicieron más profundos. De labios del mismo don Francisco de Arango, con cuya amistad se honraba, oyó consejos de prudencia. Para él, su primer deber de ciudadano era terminar su carrera. Y después, debía marchar al extranjero. En Cuba el ambiente moral era irrespirable para un joven de sus arrestos. Su sacrificio sería inútil, porque el pueblo no estaba preparado para la independencia. Le faltaba educación y sentido económico, sentido práctico de la vida. La independencia no pasaba de ser un sueño de poetas, o un pretexto para los aventureros, que nada tenían que perder.

En sus recuerdos apenas había uno, más serio, entre sus amoríos de estudiante. El matrimonio le inspiraba temor. Casarse le parecía aceptar la triste realidad de su patria...

¡Y estaba en Trinidad, sin embargo! Había hecho noventa leguas sin sentir las molestias del camino con la mente fija en su amada. Su «amada»...

—¡Si tú supieras por lo que yo estoy en Trinidad, Mariceli...! —exclamó de repente, la mirada soñadora otra vez hacia las lomas lejanas.

Habló de nuevo sin oírse. Tenía que formularse en palabras, para sí mismo, aquel problema de su transformación. Tenía que agotar su poder de introspección para justificarse enamorado y pensando en casarse.

Pero Mariceli no lo oía tampoco. Trataba también de realificar aquella presencia de su primo Juan Antonio, hecho todo un hombre, vestido con habanera elegancia... y guapo. También a ella la realidad la sorprendía con sensaciones imprevistas. Su primo no era aquel enemigo que pensara al principio. ¿Sería acaso inocente? ¿Estaría ajeno a las maquinaciones de sus padres? De ser así, la amaba de verdad. La llamaba «su novia» y la quería para esposa...

—Ahora pienso que es mi madre, Mariceli; mi madre quien me puso en la mente esa idea de que tú me querías...

Mariceli lo miró con sorpresa. Pensaban al unísono, sin darse cuenta de ello.

—El año pasado —prosiguió él—, ¿te acuerdas?, yo vine a Trinidad por las fiestas de pascuas. No tenía otra idea de ti que la borrosa de mis primeras vacaciones, cuando aún me daban bromas con Luisita Echerri. ¡La pobre! El otro día la vi, con sus dos muchachos. ¡Y pensar que yo tuve una ridícula pasión a mis quince años por ella! Hoy me parece como mi madre. ¿Qué edad tiene?

No oyó la respuesta. Ni la requería, entregado a sus evocaciones como un sonámbulo.

—Me sorprendió admirarte hecha una mujer. ¡No te reconocí, te lo juro! ¿No te fijaste en mi circunspección de los primeros días? Yo te recordaba revoltosa, inquieta, insubordinada. Eras la más traviesa de la pandilla. ¡Mariceli! ¿Te acuerdas?

La descubrió otra vez, ante sus ojos:

—Tu pelo rubio, enmarañado siempre. Tus ojos claros, que siempre ejercieron en mí no sé qué influencia. ¡Tus ojos, Mariceli, que ya no saben mirar de frente!

Hubo otra pausa. Dentro de la casa, la voz de don Lorenzo tronó en una orden.

—Yo tenía pensado irme para Nueva York —continuó Juan Antonio, acelerando el ritmo de sus palabras—. Y de allí, a Europa. Mi sueño dorado es conocer París. He aprendido el francés, lo leo con suma facilidad y creo que puedo hablarlo. Pero... ¡todo en balde! Porque mi madre, desesperada de tenerme tantos años lejos y temiendo no volverme a ver si realizaba mi deseo de irme a Europa, se negó resueltamente a autorizarme para el viaje. Por ella no hubiera ido ni a La Habana. Fue gracias a tu padre... ¿Te acuerdas? No, tú eras demasiado niña. ¡Las madres tienen un modo tan especial de querer a los hijos! Según ella, parece que yo he venido al mundo sólo para estar a su lado, besándola y mimándola. Y cuando estoy a su lado todo la irrita. No puedo ni tener apetito ni dejar de tenerlo sin que ella lo sienta y resuelva antes por mí. Su empeño es que yo vuelva a Trinidad de una vez... ¡Imagina!

—Tía Elena es muy buena contigo, Juan Antonio. No hables de ella así.

—Un día recibí una carta suya: «Mariceli no hace más que preguntar por ti», me decía. Te juro que cuando leí eso, no le di importancia. Me sonreiría, probablemente, con mi vanidad de hombre... Pero desde entonces no he dejado de pensar en ti. Me he hecho la ilusión de que te quiero... ¡Y te quiero, Mariceli! Y tú también me quieres...

De un rápido movimiento se plantó a su lado.

—¡No, no es cierto! —protestó ella, presa de un súbito temblor, los ojos muy abiertos y retrocediendo con felina cautela. Pero su desmesurada reacción defensiva pasó inadvertida.

—¿No es cierto qué? ¿No es cierto que preguntabas por mí?

—No, es decir: sí. Si preguntaba...

—Entonces: ¿me quieres?

Y tras otro silencio:

—Quien calla, otorga. ¿Me quieres?

Al fin, el florón cobrizo se sacudió imperceptiblemente, de abajo arriba. Era todo lo que él veía de ella. Sus manos estimulaban el temblor en un arreglo intempestivo de los pliegues de su blusa.

—¿Por qué me temes, Mariceli, entonces? Apenas doy un paso para acercarme a ti, huyes. Apenas abordo en mi conversación el tema de nuestros amores, callas, callas obstinadamente o disimulas. Así llevamos quince días. ¿Crees que es así como habremos de entendermos?

Las virtutas de cobre sacudiéronse de derecha a izquierda. Siguió el arreglo de la blusa.

—Yo ansío un ser inteligente con quien compartir mis pensamientos. Por eso me desespera esa actitud nueva tuya, Mariceli. Dime, sé franca: ¿qué te ha hecho cambiar de actitud? Hablas constantemente de moral y filosofía religiosa. Es un aspecto que me desagrada, y no te lo niego...

—No sigas. Ya sé lo que vas a decir.

Irguió la cabeza. De un golpe desdichado, Juan Antonio acababa de devolverle su aplomo.

—Hace un año apenas fuiste conmigo natural y franca. Juntos fuimos muchas veces a Casilda y al río. Y tus manos estuvieron entre las mías. Aquel día de excursión, Mariceli, me dejaste que te besara...

—¡No, no es verdad! No te dejé. Aquello no fue un beso. Y no mediaba nada entre nosotros, además. Eras mi primo: como un hermano. No te creía capaz de nada malo...

—Y ahora: ¿de qué me crees capaz?

—Ya tú no eres el mismo, Juan Antonio...

—No se trata de mí. No soy el mismo, porque a tu lado no pienso ni siento en primo pícaro, que roba jugando un beso, sino en hombre enamorado, que acepta la responsabilidad del matrimonio. Te quiero para esposa, Mariceli, para compañera de toda la vida. Me hice la ilusión de que era el elegido de tu corazón; te conozco pura y santa: confío en ti tanto como en mi madre. Pero esperaba encontrarte... ¡No sé cómo decírtelo! Enamorada... ¡Mujer! Y te encuentro vestida de promesa, comiéndote los santos... Nadie, ni tu propia madre, sabe lo que piensas. Te muestras hostil para mi madre, aunque no te des cuenta. ¿Cómo no voy a achcarlo a la influencia del convento, a ese nuevo confesor tuyo, místico exaltado, que nada bueno piensa de los cubanos?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Tía Elena?

Y enseguida, dulcificando el tono bruscamente agresivo de su voz:

—No hables en esa forma de quien no conoces, Juan Antonio, te lo suplico. El padre Remigio nada tiene que ver con mi estado de espíritu. Mi padre puede informarte de él. Yo no soy ya una niña que no sabe lo que quiere. Me atrae la vida religiosa porque no espero mi felicidad en este mundo. No soy ni seré comprendida, lo sé. Jamás lo he sido por nadie. Y ahora tú me lo confirmas...

—¡Yo! Es la primera vez que te oigo hablar así...

—Pero si es verdad que me quieres —prosiguió ella, ahora con un ligero temblor de ternura reprimida en la voz—, si es verdad que tus intenciones no tienen nada impuro ni ajeno que confesar: ¡desiste de quererme para esposa! No me preguntes. Te he dicho lo que tenía que decirte. Quédate aquí en Trinidad, junto a tu madre. En el pueblo hay muchas jóvenes, tan buenas o mejores que yo, y más bonitas. Consulta tu corazón y acaso adivinarás mis razones. Los hombres se enamoran con extrema facilidad. Ya ves: de mí te enamoraste por lo que dijo tu mamá. ¡Como si el hecho de que preguntase por ti significara tanto! Es tu vanidad, como tú mismo dices, tu orgullo de hombre. ¡Quién sabe!

—¡Mariceli!

—Te suplico no digas a nadie una palabra de cuanto acabo de decirte. Guárdame el secreto, si como primo, al menos, me quieres de veras.

Levantó a él sus ojos, nublados de lágrimas. Y ensayó una sonrisa:

—¿Me lo juras?

Por un largo rato las ideas revolviéronse confusas en la mente del joven. Al cabo, otra vez para definírselas a sí mismo, más que para expresar algún pensamiento, habló:

—No debes comprometer tu porvenir ni el mío, Mariceli, por una ofuscación. He venido de La Habana con la ilusión más grande de mi vida, pero echándome en cara mi debilidad. Porque yo siento también que «mi felicidad no es de este mundo», como tú dices. Me avergüenzo de ser feliz en mi patria, que permanece insensible a su deber continental histórico. Si vine hasta aquí, a pesar de todo, fue porque me hice no sé qué ilusión de que hallaría en ti un acicate y no una distracción egoísta a mis esperanzas. Pensé que nos casaríamos, que a tu lado sentiría mejor y más prácticamente la necesidad de educar a nuestro pueblo y sacarlo de su terrible postración moral de hoy: que a tu lado hallaría voluntad y fuerzas, hallaría fe...

—La verdadera fe no es la que se pone en cosas temporales. Tú, como mi padre, hablas demasiado de las cosas mundanas, y nunca de las que afectan al alma...

—No, Mariceli: no sigas por ese camino. No me confundas. Vamos a hablar de nuestras cosas, sean temporales o divinas. Acabas de decirme que desista de desearte para esposa. Hablas de intenciones puras. ¿En qué pueden mis sentimientos ser impuros? Te quiero porque sí... ¡Porque te quiero! Y es imposible que tú ignores...

—Acaso te equivoques, Juan Antonio.

—Me equivoqué; ¿en qué? ¡No te entiendo, Mariceli! Cada vez que me dices algo es como para desesperarme. Yo no puedo admitir en serio tu vocación religiosa. Tiene que hacer algo, algo, detrás de tu actitud extraña. Me dice que te jure...

—Perdóname. Callaré entonces.

—¿Cuál es el secreto que tengo que guardarte?

—Ya te lo dije.

—Es que no te he entendido, Mariceli. ¿Por qué me dices, por ejemplo, que me enamoré de ti sólo por lo que me escribió mi madre? Tus misterios ingenuos, tus medias palabras, tus sarcasmos cuando quieres ser franca: todo me indica que guardas un resentimiento contra alguien. ¿Es acaso mi madre...?

—¡No, no, no! —respondió ella demasiado vivamente—. ¡No me preguntes! No sé nada. No hay nada. ¡No mezcles a tía Elena en este asunto, te lo suplico!

—Si tú no me lo dices, me lo dirá ella. Yo tengo que saberlo...

—¡No, Juan Antonio: te lo suplico!

—¿No ves que con tu angustia confirmas mis sospechas? ¡Tonto de mí que no caí antes en cuenta!

—No me mortifiques, Juan Antonio. No insistas: tía Elena no tiene nada que ver en esto. Yo te prometo que mañana, que otro día te diré lo que... te diré lo que quieras. Pero no insistas hoy. Déjame. Estoy nerviosa, me siento mal. Mira: tengo la frente empapada de sudor. Y mi padre está en la casa: tú sabes cómo es él. ¡Prométeme que no irás a preguntarle nada a tu madre, hasta que hablemos!

—Pero: ¡si hablando estamos! Es la primera vez que lo hacemos, en quince días...

—¡Yo creí que tú no eras sincero, Juan Antonio! Que tú lo sabías...

—Que yo sabía... ¿qué? ¿Qué era lo que yo sabía? ¡Habla, por favor!

—Que todo eso que tu madre te escribía de mi era para quitarte de la cabeza el viaje a Europa, para atraerte a su lado...

—Entonces tú...

—Mi padre también quiere casarme...

—Pero tú, que es lo que me interesa; tú...

—Estoy en pecado desde hace mucho tiempo, Juan Antonio, porque los he espiado aquí, en el comedor, en todas partes. He oído todas sus conversaciones desde el principio casi. Disponen de ti y de mí como de los esclavos...

—¿Quiénes?

—Papá, tía Elena, mamá: los tres. Tu madre es la que lo ha arreglado todo, para atraerte a Trinidad. Está resuelta a que no vayas a Europa, a que no vuelvas a La Habana siquiera. Y mi padre la ayuda porque quiere casarme de todos modos. Hace más de un año que me tortura con la misma idea. Quiere tener hijos, digo, nietos. «Machos», como él dice. Tú y yo no contamos para nada. ¡Es toda la verdad, Juan Antonio! Y yo te juzgaba mal, desde que llegaste, porque me diste la impresión de que lo sabías y te prestabas a todo. Siempre le oí decir a él, a mi padre, que con mi dote me compraría el marido que le diese a él gana. ¿Comprendes?

Ya él apenas oía. Sentíase herido en el talón de Aquiles de su raza: su amor propio. ¡Lo habían engañado como a un niño! Y él: ¡con qué facilidad! ¡Con qué candidez había caído en el lazo! Su prima, a pesar de ser una mujer, estaba alerta. ¡Y él hablándole de amores!

—No digas ni una palabra a nadie de esto. Sé que estoy en pecado mortal. Y a nadie: ¡ni a mi propio confesor, he dicho una palabra! Tengo el alma llena de amargura, Juan Antonio. ¿Ves por qué pienso en el convento?

—No diré nada, descuida. No sabes lo que te agradezco que me hayas abierto los ojos. Creo que en toda mi vida he recibido un desengaño igual...

—Pero yo te quiero, Juan Antonio...

Impregnadas de una emoción intensa, nueva en sus entrañas, las palabras de Mariceli cayeron en el vacío. Juan Antonio no pensaba ya sino en sí mismo: en su orgullo de hombre libre.

—Dentro de muy poco van a saber que no es lo mismo ayuntar animales o esclavos que imponerse a la voluntad de un hombre. ¡Ah, nuestros padres, nuestros padres, Mariceli! ¿Cuándo nos venceremos de que no vivimos en Roma? ¡Ese maldito derecho bizantino que estudiamos! De España, desengáñate, no nos vendrá jamás la libertad...

—¿Qué vas a hacer?

—Mañana, al rayar el alba, sigo camino para Puerto Príncipe...

—Pero no dirás que yo...

—Ni una palabra: descuida. Ya verás cómo yo también soy un joven maestro en eso de hacer mi voluntad sonriendo...

Un tropel de voces y pisadas de caballerías interrumpió el diálogo.

Pasó un momento de suspenso, mientras dentro de la casa la voz del amo inquiría y callaba a ratos, cada vez más cerca. Por el jardín apareció Antonio, el mayoral, que subió a saludar respetuosamente a «los novios». Sus hombres: un grupo silencioso de sombras, quedaron abajo, junto a la escalinata.

—Traigo una buena pieza —se apresuró a informar Antonio.

Ya don Lorenzo lo sabía. De todo parecía enterarse antes.

—Filomeno, el negrito del capitán Bicunía —llegó diciendo.

—Que le dicen Caniquí: el mismo —confirmó el mayoral.

—¿Cómo le echaron mano?

Había sido obra de los perros. Estaba por cierto muy cerca del pueblo, el muy atrevido. Por la mañana habían emprendido camino por San Juan de Letrán. Allá los había dejado el amo. Pero los perros tomaron de repente una pista. Anduvieron leguas y los animales husmeando y corriendo. Bodearon el monte Vigía, y del lado del poniente, junto a las cuevas, se lanzaron ladrando sobre el prófugo. Se habría dado gusto el amo presenciando la caza. Los animales eran magníficos. La prueba no podía haber dado mejores resultados.

El prisionero se había echado tranquilamente en tierra, como un animal cansado. Reposaba la cabeza contra el suelo boca abajo, sobre los brazos extendidos. Tenía las muñecas atadas con una tosca sogá. Así lo habían traído a rastras de los caballos, legua tras legua... La escasa ropa, convertida en jirones mugrientos, dejaba al descubierto el torso formidable, aborujado de músculos, cubierto de tierra, y de un color indefinible en la muriente luz crepuscular.

¿Qué se hacía con él? Don Lorenzo no mostraba prisa. Desde lo alto de la escalinata contemplaba la presa con aire triunfante. Hizo aún algunas preguntas, y comenzó uno de sus monólogos en alta voz, que había que oír en silencio...

Se alegraba de haberle echado mano, porque aquel negro era un descarado. Filomeno había venido a su poder sin contrato, para cubrir una pequeña diferencia de su cuenta con el capitán Bicunía, Antonio Bicunía, francés de la Provenza, dedicado a la trata y dueño del corral dicho de Cacaibán, por donde para el arroyo que ya todo el mundo llamaba de Bicunía. A él le fallaba pocas veces la memoria. Filomeno había entrado en su negrada cuando la demolición de la antigua ermita de la Santísima Trinidad. Mariceli tendría entonces un año, a lo sumo...

Pero no era malo Filomeno. Fue un negrito travieso. Ma Irene porfiaba que era biznieto suyo y que tenía de chino. Con el pobre

Lorencito —su hijo, que Dios debía tener en su santa gloria— había sido como un perro: bueno y fiel...

De su doliente vaguedad habitual, los ojos de la madre, como siempre al lado de su esposo y oyéndolo hablar, tomaron una expresión muda de tragedia.

¿Qué se hacía con la inesperada caza?, repitióse el amo. Al cepto, desde luego. Cepo de cabeza y de manos. Ya él vería mañana qué castigo habría de imponérsele. Porque había que hacer un escarmiento con aquel perro: ¡qué diantre! El día que se fugó para el monte se lo había anunciado. ¡Así como estaba oyéndolo, aunque no lo creyesen! Y no era la primera vez. Eso era lo que lo tenía sin saber qué hacerse con aquel negro.

Juan Antonio, interesado, quiso saber:

—Me dice que siente como que se va a poner malo —informó don Lorenzo—, y que como él no quiere ser malo conmigo, me lo avisa, para que yo lo meta antes en el cepto...

El joven, presa de una súbita simpatía por el prisionero, creyó oír mal a su tío. ¿Pedía Caniquí ser metido en el cepto, antes de huir?

—«¡Amárreme, mi amo, o métame en el cepto» —repitió don Lorenzo las palabras del esclavo, tal como las recordaba, si añadiéndoles un énfasis absurdo con su escándalo—, «porque si no, me juyo!»

El cuerpo del aludido, allá sobre la tierra del jardín, se removió. Se irguió la cabeza, en dirección a la casa. Y en el óvalo opaco, borroso, del rostro, apareció una doble hilera de dientes blanquísimos, que rebrillaron casi luminosos en la oscuridad.

—¡Ah, sinvergüenza: y encima te ríes!

Juan Antonio y Mariceli, sugestionados, rieron también.

—¡Al cepto! ¡Al cepto con él! ¡Triple cepto, de pies, cabeza y manos! Y sin comer hasta mañana, que yo lo arregle...

Resonó un latigazo. El esclavo se irguió de un salto.

—¡Papá!

—¡Tío Lorenzo!

Uno a cada lado, hubiérase dicho que tenía ensayada a conciencia la simultaneidad de sus apóstrofes...

Y sus pensamientos, mientras don Lorenzo hablaba, habían andado por rutas diferentes, sin embargo. Juan Antonio evocaba el recuerdo de otra voz: la del maestro Saco. ¿Qué eran las diferencias de razas, sino meras circunstancias de geografía? El ser humano es potencialmente el mismo en todas partes. Y los blancos con derecho a llamarse superiores son únicamente los que sienten la responsabili-

dad tremenda de su papel civilizador: los que no olvidan nunca que el ignorante merece toda nuestra atención, nuestra ternura. El esclavo lo es por ignorante, que no por negro. ¿No hubo en otros tiempos esclavos blancos? El esclavo es un exponente de nuestra incapacidad humana, en la lucha contra la naturaleza y por la vida...

Mariceli, por su parte, recordó el cariño de su hermanito muerto hacia aquel compañero —ya olvidado— de su infancia. Su padre decía bien: había sido como un perro, alegre y retozón, humilde y resignado, que recibía siempre la culpa de todas las travesuras de Lorencito, y se alejaba de él, cuando tenía que volver a su gente y sus barracones, casi a rastras... Era negro y esclavo, desde luego. Pero Jesuscrito era más como él que como su padre: era resignado, humilde y sufrido. Y lo ataron de manos, y lo llevaron de Herodes a Pilatos entre azotes. ¡Y él sonreía!

Ante los dientes blancos, destacándose en aquel negror del jardín en sombras, Mariceli experimentó una sacudida extraña de penetración con el esclavo. Deseó estar sintiendo su cansancio, su dolor, sus torturas. ¡Y ser fuerte, como él! Tuvo ganas de reír también, de gozarse en aquel triunfo del esclavo infeliz sobre su padre poderoso y colérico.

—¿Qué sucede? —tronó la voz temida, mirando sucesivamente a uno y otro lado.

La cabeza rubia cayó de nuevo sobre el pecho.

Y Juan Antonio, muy a su pesar, no halló qué decir.

Las sombras humanas del jardín echaron a andar en la misma dirección por donde habían venido, con un rumor sordo de pasos en desorden y el estallido, de cuando en cuando, del látigo.

Con la brisa, ya húmeda, de la noche, llegó hasta el portal el rasgueo de una guitarra —la hora del alma en los barracones— y el eco doliente de una canción guajira.

—¡Enciendan! —vibró en las sombras la voz del amo.

## IV

### Despotismo ilustrado

*Un hombre es esclavo de la naturaleza, cuando, por la medida de sus facultades, puede pertenecer a otro. Y lo que precisamente lo hace pertenecer a otro es el no participar de la razón, sino por un sentimiento vago... Por lo demás, no es grande la diferencia que existe entre el esclavo y la bestia: ambos son útiles tan sólo por su cuerpo, que trabaja.*

ARISTÓTELES: *Política. I.*

La velada corrió de sorpresa en sorpresa.

Los primos, cuya animación ni cuyo buen entendimiento pasaron inadvertidos para los conspiradores, tuvieron la audacia de impetrar la benevolencia del señor.

Y Mariceli, la primera. Con profunda extrañeza, mezcla de rubor y de disgusto, por hablar en voz alta de sus queridos dolores —para ella como un culto esotérico— doña Celia la oyó abogar por Filomeno recordando su lealtad a Lorencito. ¡Usar, sin unción alguna, de tal evocación sagrada, en favor de un esclavo!

El padre accedió a su manera: negando que hubiese tenido tal propósito de castigar a Caniquí severamente. Harto bien sabía él que aquella tacha en el negro era de las incorregibles. Al día siguiente, después de hacerle tascar los cepos, lo pondría a trabajar. Por una temporada estaba seguro.

Pero en el alegato de su futuro yerno el viejo liberal desencantado hubo de oír afirmaciones subversivas que él no podía dejar pasar. Endulzoró cuanto pudo sus argumentos usuales, sin embargo, porque tuvo en cuenta la juventud e inexperiencia de su interlocutor; y fue dejándoselos caer uno a uno, a la hora solemne del café, como para no reducirlo completamente a silencio antes del final de la cena...

Quedaban aún tres cuartos de hora, antes de que el jefe de la familia iniciara el desfile hacia las habitaciones de dormir, y como en las noches anteriores pasaron otra vez a la sala.

Don Lorenzo, extendiendo su brazo sobre los hombros del joven, echó a andar el primero.

—Yo pensaba como tú cuando tenía tus años —exclamó en seguimiento de su peroración de liberal de 1812—, pero, hijo mío, la vida es otra cosa. ¡Dichosos los que, como tú, pueden aprovecharse de la experiencia de los otros!

—Sin embargo —comenzó inesperadamente Juan Antonio, interrumpiéndose para tomar un cigarro puro de la caja que acababa de depositar su tío sobre la mesa sin ofrecerle nada—, en todo cuanto acaba usted de decirme lo primero que advierto es que todos sus argumentos, absolutamente todos, son *ad hominem*...

Y con perfecto aplomo se dedicó a encender su puro, de la copilla de plata que sostenía el esclavo.

El adverbio adversativo, el latinajo y el puro, de una sola andanada, era demasiado para él. Y don Lorenzo enmudeció.

—Que los hombres a que usted se refiere sean como usted los pinta, y de ello no me cabe la menor duda porque los conoce usted bien, no implica necesariamente ni que no hay otros diferentes, ni que las ideas que ambos sustentan: los que usted conoce y los que usted parece no conocer, hayan perdido una virtualidad y una eficacia que los primeros, los que usted conoce, han desconocido al proceder como procedieron, puesto que los segundos siguen profesándolas y sus vidas son el mejor ejemplo de abnegación y patriotismo que tiene hoy la juventud cubana...

Doña Celia y la madre del incauto, que a la toma del puro se habían mirado asombradas, quedaron estupefactas. Mariceli no levantó la cabeza, pero dirigió de soslayo una mirada de admiración hacia su primo.

Don Lorenzo cayó enseguida en cuenta: había olvidado que tenía enfrente a todo un licenciado en derecho, camino de Puerto Príncipe, en demanda de autorización de la audiencia para ejercer su carrera. Pero para los abogados él tenía sus recortes de *El Correo de Trinidad*, cuyos artículos no hacía otra cosa que repetir torpemente, delante de los que no podían reconocerlos en su versión personalísima. Renunció con sereno heroísmo a su costumbre. A citarlos de memoria prefirió leerlos, íntegros. Su buen sentido le advirtió que se las había con un contrincante peligroso... ¿Las mujeres? Las mandaría a dormir, si se viese apurado.

El licenciado en derecho, perdiendo a poco su petulancia inicial para darse a su expresión con todo el fuego de su juventud y su idealismo,

siguió su defensa de la libertad, la igualdad y la fraternidad humanas, apoyándose en la Declaración de Independencia, de Thomas Jefferson, y en los Derechos del Hombre, proclamados por la Revolución Francesa.

Don Lorenzo, mientras buscaba en su escritorio del comedor, limitábase a mover la cabeza y pedir esperas con el equívoco ademán del que ordena parar a un tren en marcha.

Halló uno al fin: el que con ahínco mal disimulado buscara desde el principio. Y se dispuso a leerlo, de pie, junto a uno de los candelabros del gran espejo, mientras Domingo, el esclavo, lo abanicaba cuidadosamente, regañado unas veces por no echar bastante aire y otras por agitar demasiado con la penca las llamas vacilantes de las velas. Juan Antonio hizo un alto y cedió la palabra a su adversario con un airoso ademán de abogado en estrados.

—«Las revoluciones —prorrumpió don Lorenzo— no son obra de las luces de sólida instrucción, sino de la falta de luces: de la presunción y vanidad de los hombres...»

Se detuvo, miró significativamente a su contrincante, como si dudase de verlo todavía corpóreo, y con el puño de la diestra cerrado, pegando unas veces al vacío y otras contra el abanico que enfrente de él seguía agitando el negro soñoliento, prosiguió:

—«Los escritores modernos han tratado de la mejor forma de gobierno sin contar mucho con su verdadero origen, ni con el estado actual de los pueblos; suponiendo que los hombres se forman de nuevo y se van a establecer en sociedad con las ideas, costumbres y cualidades que les han querido atribuir. Bajo ese supuesto han formado un derecho ideal, han inventado derechos primitivos e imprescriptibles, un pacto social, una soberanía metafísica y otras mil cualidades y distinciones para cuando logren crear un mundo nuevo, poblado de otros seres... Los lectores no han mirado estos escritos como los de otras pretendidas ciencias, en que también se han expuesto mil sistemas muy distantes de la verdad. ¡Y deben hacerlo! La libertad fue en política...»

Y don Lorenzo, perdiendo un tanto el sentido de lo demás, replicó el «fue» con saña.

—«La libertad fue... fue..., fue en política lo mismo que el *flogisto* en la física; pero el sistema del flogisto no ocasionaba más que disputas de escuelas, y no desórdenes y turbaciones en la sociedad...»

—Luego no es lo mismo —interrumpió Juan Antonio.

—«Algunos escritores —tronó el tío levantando la voz— creyeron haber descubierto lo cierto y verdadero, y los lectores creyeron que esos hombres no podían engañarse. Tal vez entre ellos mismos no pensaron que los lectores iban a poner tanta fe en sus palabras. Estas ideas, de todos modos, se extendieron a los que no leen y aun a los que no saben leer. El vulgo se calienta a la lumbre sin cuidar de saber la teoría del calor, pero toma parte, sin entenderlo, en lo que le presentan de un modo vago, para lisonjear su interés: clama por la libertad y cree que consiste en no conocer autoridad, en cometer excesos, en la insolencia y la grosería. Así algunos, sin prever los riesgos ni los efectos, creyeron que harían felices a los hombres poniendo el gobierno en manos del pueblo, al que Guicciardini llamó «monstruo de confusión e ignorancia». Tarde conocen su error y, o son víctimas de las mismas fuerzas que desataron, o se convierten en acérrimos enemigos de lo mismo que hicieron. Entonces levantan el grito otros peores, hombres presuntuosos, ignorantes o perdidos, quienes ceden a su vez a otros peores. Entonces se ven esos hombres que toman la voz del pueblo sólo para tiranizarlo, que le prometen felicidad para sacrificarlo, bienes para empobrecerlo, libertad para esclavizarlo...»

Un nuevo y formidable puñetazo contra el abanico despertó a Domingo y obligó a Mariceli a calzarse mejor un escarpín, para ocultar su risa. Doña Elena inició una esgrima asustada de cabeza, contra un insecto que comenzó a revolotear por la sala.

—«Échese una rápida ojeada sobre la heteroge...hete... sobre la mezcolanza de nuestra población —prosiguió, sudando ya a chorros el lector— sobre las costumbres del país, sobre la diversidad de nuestras opiniones, sobre la ambición que todos tenemos de mando, sobre la oportunidad que se presentaría a algunos calculadores, de atizar y encender el fuego de las discordias intestinas, sobre el estancamiento de nuestro comercio, sobre la miseria que rápida e inmediatamente sobrevendría: asustado el capital extranjero con los riesgos de una revolución, y sobre la imposibilidad de establecer un gobierno realmente democrático entre nosotros, donde los principios monárquicos y aristocráticos tienen una manifiesta preponderancia, tanto que desde que uno es dueño de un esclavo ya se considera de distinta naturaleza que los demás, y se anda oliendo quién es mulato o cuarterón, y en pudiendo ansiamos por los honores y las condecoraciones como un testimonio de distinción y de nuestros relevantes merecimientos..., repito que se eche una ojeada sobre este conjunto de circunstancias: y yo aseguro que el más ardido patriota se estremecería y bendeciría ésta, que por ironía se llama «nuestra afrentosa apatía»...»

Juan Antonio recordó para sí haber leído aquel discurso antes. Y más que sus ideas, le chocaron las terribles asonancias del párrafo final. ¿De quién era? Hizo esfuerzos en vano por recordarlo. Enfrente de él madre e hija le hacían señas desesperadas para disuadirlo de proseguir la discusión.

—Éstas son verdades, señor abogado —reclamó don Lorenzo, mientras guardaba sus recortes—. ¡Verdades como puños! Y contra ellas no valen argucias...

—Frente a esa democracia imposible —replicó el joven sin poder contenerse—, ¿qué es lo que se deja como única solución, y se ofrece de modo tácito como panacea? La autoridad. El gobierno «fuerte». El gobierno paternal. ¡El despotismo ilustrado! Y ¿qué es el depostimo ilustrado? ¿Dónde se sabe que haya habido alguna vez, fuera del mito de Pericles, déspotas ilustrados, déspotas sanos mentalmente, tiranos cultos y desinteresados? Ninguna responsabilidad personal ni ministerial; ninguna ley fundamental que señale los límites y deberes del que manda y el que obedece; gentuza sin oficio a buena paga, con un fusil y un uniforme, con la consigna de imponer el orden material a toda costa, aunque el desorden en las ideas y los espíritus mejores sea cada día mayor; tiránica censura de prensa y tribuna; privilegios y exenciones para el llamado «mérito de cuna», al que yo no alcanzo a ver mérito de ninguna clase, sino un mero azar, ¡y en reducir la proporción de azar en nuestra vida humana es a lo que parece dedicada con más ahínco la civilización!, y vejaciones, desprecio y silencio de plomo para el hombre de humilde condición. Orgullo y petulancia de ineptos agentes en el poder, escogidos por su servilismo, que no por su capacidad, tráfico y venalidad en todos los empleos públicos; agiotaje y robos en los fondos nacionales; administración de justicia sometida a la voluntad e influencia de los poderosos: ninguna sanción para los peculadores que entran hipotecados en los cargos y salen de ellos prestando al veinte por ciento; frailes y monjas con toda inutilidad y escandalosas riquezas: las mejores escuelas en sus manos e infectas y escasas escuelitas de barrio para los pobres; artes y ciencias depravadas por el ambiente moral enrarecido: el dinero para lujos, para derroche de vanidades y tonterías... Hace poco Fernando VII ha fundado solemnemente en Sevilla la «universidad tauromáquica», con el hijo del famoso descubridor de la «muleta», Pedro Romero, por director. ¿No lo sabía usted? Pues «eso» es el «depotismo ilustrado». La panacea contra el hambre y la sed de justicia de los pueblos viriles, de los pueblos capaces de asquearse de su propia miseria, y de rebelarse contra los que viven en lujos de ella...

El amo, contra lo que hasta el propio Juan Antonio esperó después de su dura réplica, permaneció callado. Acabó de guardar sus papeles, pidió la copilla de la lumbre, encendió otro puro y se sentó en su mecedora de Viena. Cuando trató de decir algo, su voz quedó ahogada en un triple grito de alarma... Doña Elena se había levantado violentamente de su sillón y corría como perseguida por el demonio.

La divina providencia —como pensó a poco doña Celia— había acudido al fin en su auxilio. Acudió en forma de un ortóptero nocturno.

—¡Es un murciélago!

—¡Una mariposa! ¡Jesús! Eso es de mal agüero...

—¡Mírenle el número!

El esclavo, para quien tales miserables criaturas de su diario trato, allá en los barracones, no habían representado nunca a la divina providencia, dijo la última palabra:

—Son cucaracha voladora. *Aguaita* que yo mata...

Y en un instante hizo bueno su dicho.

Doña Celia, en tanto, tenía formada su resolución de impedir cualquier intento del joven, o de su propio esposo, para reanudar la discusión. Hasta el final de la velada no se habló sino de insectos voladores, el sentido que la gente supersticiosa daba a sus revoloteos dentro de las habitaciones y las coincidencias desgraciadas que solían ocurrir. Doña Elena cayó de buena fe en el juego de su prima y defendió con calor sus personales puntos de vista: algo de verdad había siempre en el fondo de las creencias populares. Instintivamente se aprovechaba del cansancio del toro, y pudo pasear la plaza indemne. Cuanto se le ocurrió, lo dijo. Algún día tenían que oírla...

Antes de retirarse cada cual a sus habitaciones, Juan Antonio hizo saber su decisión. Partiría con el alba para Sancti Spiritus. Antes de la semana siguiente debía estar en Puerto Príncipe y aunque su estancia en el ingenio le parecía como una temporada en el paraíso, las obligaciones eran lo primero:

—Déme su bendición, tía Celia, porque no sé si la veré mañana... Adiós, Mariceli...

Y después, con toda naturalidad, frente al atónito don Lorenzo:

—Me llevaré a Bayardo hasta Palmarejo solamente. ¿Quiere algo para Puerto Príncipe? Le agradezco muy de veras su espléndida hospitalidad, tío, y a ver cuándo puedo volver. Le escribiré siempre. Déme su bendición...

—Pero, hijo... —balbuceó la madre al acercársele el viajero.

—Vámonos, que quiero descansar, madre.

Hubo un cambio final de saludos, a distancia.  
Y madre e hijo desaparecieron por el corredor.

Con tres de los actores del callado drama, el descanso del cuerpo sólo fue para mayor y más atormentada actividad de sus pensamientos. Don Lorenzo cortó con un seco «Ya veremos mañana» las interrogaciones de su esposa, y se fue a su recámara, que pronto quedó a oscuras. Doña Celia finiquitó un poco atontada todos sus cuidados domésticos del fin de la jornada, y al volver a su cuarto creyó dormida a Mariceli. ¿Tan pronto había rezado sus oraciones? Las suyas, en cambio, tomáronle mucho más que de ordinario. Y con su vago temor royéndole insidiosamente la paz de su espíritu, entre fantasmagorías de vajilla rota, un cesto de huevos aplastados, falla de un escalón bajando una escalera y una orden tan parentoria como ininteligible de su esposo, la rindió al fin el sueño.

Para doña Elena la inesperada escena fue un golpe casi físico en su pobre cabeza siempre adolorida. Por más de una hora interrogó y lloró en vano. Juan Antonio se mantuvo suave e inexorablemente en sus mismas palabras. Ya había estado quince días a su lado, y ahora lo reclamaba su carrera. ¿Mariceli? Nada tenía que ver en el asunto. Entre ellos no habían mediado nunca otros sentimientos que el naturalísimo de su parentesco. Eran como hermanos, después de todo, y ella era todavía demasiado chiquilla. Si se le forzaba al matrimonio, quizás no se conseguiría otra cosa que empujarla a pensar seriamente en su liberación, vía religiosa. Lo del noviazgo entre ellos...

—¿Pero cómo usted, madre, pudo tomar en serio esa broma?

La pobre madre volvió al fin a su cuarto, a llorar su pena sin provocar los consuelos contraproducentes de su hijo. Juan Antonio le hablaba de su mayoría de edad, de su derecho a vivir por su cuenta, de «la ley de la vida». Y ella no veía en todo aquello sino que su hijo, su vida, se le escapaba, se le escapaba irremediablemente: si no a París, a Puerto Príncipe, a La Habana, siempre lejos. Al cabo y consultando el fondo de su corazón, el fracaso del proyectado matrimonio era lo de menos. ¡Habría que oír ahora al señor primo político! Pero ella no tenía por qué quedarse más tiempo en el ingenio. En su casita de la villa, con su indispensable Petra —que por vieja inquina de su prima no traía consigo cuando venía de temporada al ingenio— se hallaba ella mejor que en cualquier parte.

Y cuando se durmió también la viuda, Mariceli seguía despierta...

Adrede, y para evitar toda explicación con su madre, se había hecho la dormida. Pero las emociones del día habían sido demasiado intensas para que su imaginación la dejase reposar. Su imaginación, de ordinario especialmente activa en aquellas horas de la medianoche, en la semioscuridad de su habitación, cuando por alguna razón se despertaba, voltejeábale esa noche con incesante rapidez, entre relámpagos y trasuntos monstruosos de las escenas menos pensadas de su vida. La victoria era suya. Había ganado sola contra todos. Pero su triunfo le quitaba la compañía de su primo y la dejaba más sola y más indefensa que nunca. Tenía que huir de su casa, ingresar en el convento e iniciar su noviciado cuanto antes. Algo le sorprendía de su propio triunfo, precisamente en el instante que se sintiera perdida, sin voluntad para resistir el tierno apremio de su primo, todo su ser invadido de un calor y de una lasitud extraños, en aquella hora de la tarde. Más que suya, pues, la victoria era de su primo, u obra de la casualidad o del destino. Acaso el mismo Jesús la había salvado: ¿no tenía aquello algo de la naturaleza del milagro? A cada iteración mental de la escena, en su tormentoso insomnio, su actitud de abandono, de total entrega a su primo, cerca del fin, se le precisaba con más claridad, crecía en proporción a los demás recuerdos y la envolvía como en una onda de sensualidad... Lo que realmente había deseado ella en aquel momento —comprendió al fin— era que Juan Antonio la estrechase entre sus brazos, fuerte, fuertemente, hasta sacarle con el aire todas sus dudas y vacilaciones, hasta reducirla a un solo ser, con un alma sola, o quitarle con la vida aquella angustia. Ella había deseado abrazarlo también, sentirlo entre sus manos, besarlo en la boca... ¡y huir! Huir de todo lo que la rodeaba: sus padres, el ingenio, la casa, la gente, los esclavos. Huir lejos, más allá de las montañas gigantescas que acorralaban el valle. Huir...

Así, insomne y agotadas sus fuerzas hasta para cambiar más de postura: inmóvil, la sorprendió el alba.

Oyó pisadas de caballos y voces: la partida. Juan Antonio cumplía su palabra.

Ahora ella, a cumplir la suya. Y sin perder un día. Jesús acababa de salvarla y le señalaba su destino. Mariceli creyó sentir que el Señor no estaba muy satisfecho de ella.

Tras un pesado duermevela, despertó en pleno día, bajo la mirada inquisitiva, casi hostil, de su madre. Rosario, detrás, la miraba con miedo.

—¿Te sientes mal?

—Me duele un poco la cabeza...

—¿Vas a levantarte?

—¡Toma! ¿Por qué no?

Doña Celia hubiera preferido que su hija se sintiera indisputada. Durante el desayuno, a solas con su esposo, había advertido en el sombrío continente de éste y en sus gestos nerviosos, las señales inequívocas de la tempestad. Mariceli, como tantas otras veces había ocurrido, sólo con su presencia iba seguramente a desatarla.

La joven calló largo rato. ¿No sabía su madre sus hábitos piadosos? Antes del desayuno ella rezaba, leía su Kempis, hacía su preparación de ánimo para el día. La visita del primo había alterado un tanto su vida. Salvada de aquella prueba terrible, tenía que volver con más unción que nunca. Todo dentro de ella repelía la inquisición, la impertinente solicitud materna.

—Si no te sientes bien, lo mejor será que te quedes recogida...

—Esta bien, mamá. Pero espere un momento: ¿quiere? Déjeme hacer mis oraciones como siempre: sola.

—Te advierto, que si vas a seguir todo el día con ese tono, sería mejor que no salieras de la recámara. Mira: Rosario va a traerte aquí el desayuno. ¿Entiendes?

—Sí, mamá.

Rosario, segura de no importunar a su amita, volvió casi enseguida, sola sin el desayuno.

—Rosario —dijo Mariceli—, vístete para que me acompañes al pueblo. No puedo esperar hasta el domingo. Tengo que ver al padre Remigio, y confesarme.

—¿Se lo digo? —apuntó Rosario, por la madre.

—Díselo, y que Dios me ampare. Nadie ni nada podrá detenerme...

Padre e hija se toparon en la sala, diez minutos después. Por la puerta principal entró él, al parecer casualmente. A esa hora casi siempre estaba en los establos, vigilando el ordeño.

—¿Dónde vas?

—Al pueblo. Voy con Rosario. Juan Carabalí me lleva en la calesita vieja.

—¿Y qué tienes tú que hacer en Trinidad, sola, a las ocho de la mañana?

—Voy a la iglesia, papá. Es un caso urgente de conciencia. No me pregunte. Ya sabe...

—¿Un caso de conciencia?

Pasó veloz revista a muchas posibilidades: ¿quién podía adivinar lo que pensaba aquella cabecita «vizcaína»? Pero disimuló su confusión y empezó a reanimarla casi amorosamente. A lo mejor, tratábase de alguna querrela pasajera entre enamorados, y él estaba perdiendo su tiempo.

Mariceli pareció escuchar humildemente. Y cuando consideró que su padre había terminado, avanzó hacia la puerta.

—No tenga cuidado —dijo—. Volveré enseguida.

La obstinación de la hija lo exasperó de pronto:

—¡He dicho que no irás! —gritó.

—Tengo que ir, papá —fue la respuesta firme.

—He dicho que no...

—Es un caso de conciencia, le dije. Estoy pronta a obedecerle en todo: usted lo sabe. Pero usted no querrá impedirme que cumpla este mandato. Es lo único que le pido. ¡Déjeme salir! ¡Déjeme salir, padre!

Un temblor nervioso entrecortaba sus palabras.

—¡He dicho que no irás, ca...ramba!

La palabrota estalló como un insulto. Los invisibles testigos de la escena y doña Celia, desde la puerta de su recámara, comenzaron a orar.

—Déjeme salir —repitió ella, avanzando siempre hacia la puerta.

—¡Adentro! ¡A su cuarto! Basta ya de confesarionario y de hipocresías. Lo que tenga que decirle al cura me lo dice a mí, que soy su padre y tengo el derecho de saber lo que piensa. Ya estoy harto: ¿me oyes?, y desde hoy vas a saber lo que es candela... ¡A su cuarto! ¡Mariceli!

Ya estaba en la puerta.

—¡No me toque! ¡No me toque!

Con los ojos espantadamente dilatados, la mandíbula inferior como saliente y por la boca entreabierta dejando jadear su pecho en convulsión, densamente pálida, Mariceli hurtó el cuerpo a la amenazadora garra del padre.

—¡Adentro digo! ¡Caramba!

En varios esguinces felinos, sin quitar los ojos del rostro ya congestionado, rojo de ira, del dominador, la rebelde hurtó una y otra vez el cuerpo, sin separarse de la puerta.

El padre, más torpe, frustró un zarpazo y derribó algo que fue a estrellarse con estrépito contra el suelo. Un jarrón sevillano, costosísimo. Mezcláronse gritos y exclamaciones de los testigos, ya visibles: la madre, doña Elena, Rosario, ma Irene...

Don Lorenzo quedó un segundo inmóvil.

Y Mariceli, insensible, ganó al fin la puerta y atravesó el portal corriendo. Juan Carabalí la esperaba abajo, ajeno a todo.

Comenzó a descender los escalones. Pero sus piernas temblorosas inspiráronle desconfianza, y una mano fue a asirse al remate esférico de bronce, sobre la esquina de la barandilla...

Y por esa mano, en falso equilibrio, la agarró su perseguidor ya fuera de sí, convertido en la fiera humana de sus peores iracundias. Tiró brutalmente del brazo y el cuerpo, vacilante, vino al fin a tierra, sobre los escalones las piernas y la espalda, de plano contra el embaldosado del portal.

Mezclando su incoherente discurso con las más indecentes palabrotas, doña Celia como enroscada a su cuerpo y Rosario, en un valiente esfuerzo por arrebatarle su presa, estorbándole también los movimientos, don Lorenzo agarró como pudo a su hija y la alzó en vilo, hasta inutilizar sus rebeldes sacudidas. Rectificó su planta, se alejó de sí a la madre y a la esclava con interjecciones furibundas y echó a andar hacia adentro. Desgarradas sus ropas, sueltas al espléndido sol matinal las cúpreas trenzas de su cabellera y brazos y piernas flácidos, como desosada, Mariceli dejó de hacer resistencia.

Pero el llegar a la puerta el amo no calculó su anchura.

Y la cabeza de su presa fue a chocar contra el marco.

Rosario dio un alarido salvaje, se lanzó de nuevo contra el amo y le clavó las uñas en un brazo. Doña Celia ocultó la cabeza entre las manos y se dejó caer de rodillas... De ambas volvió a librarse el amo, pasó por la sala entre una doble fila de esclavos gemebundos, atravesó la saleta, salió por el corredor y penetró en el aposento de la hija.

—¡Que no me salga de ahí en una semana! —gritó al surgir, ya si su carga, arremangándose los puños de su desgarrada camisa, para apreciar mejor los arañazos que le infligiera la esclava. Rosario y doña Elena traían ya a la madre, por el corredor.

De pronto, sus ojos saltaron de sus heridas al rostro bañado de lágrimas de la esclava. Y rápido como el rayo le asestó un puñetazo que dio con ella en tierra.

—¡Para que aprendas a respetar la voluntad de tus amos, perra! ¡Prepárate para veinte azotes, que te voy a dar yo mismo...!

Siguió hacia el fondo de la casa y bajó por la escalerilla, al final del corredor, hacia las caballerizas. A poco se le vio salir, látigo en mano, en dirección a la enfermería.

Al fondo del barracón, la cabeza, las manos y los pies dentro de sendos cepos, el fugitivo reincidente esperaba su castigo. Una vieja esclava leprosa, acurrucada junto a su cabeza, recogía con sus dedos deformes algo amarillento, del fondo de una cazuela ennegrecida y rota, y se lo aplastaba contra la boca.

—¡Caniquí! ¡L'amo!

El esclavo, con una contorsión violenta que hizo crujir los cepos, logró levantar la cabeza.

Y en sus labios belfos, embadurnados de maíz, volvió a aparecer la doble hilera de dientes, en la sonrisa eterna...

Algo, como el estallido de un cohete, resonó en el vasto barracón.

Cuando salió de la enfermería, agotado, exhausto: sus ropas y hasta su rostro cubiertos de salpicaduras sangrientas, el látigo empapado de sangre colgando en la diestra rendida, oyó de labios del contramayoral que sus órdenes estaban cumplidas...

¿Cuáles órdenes? Pronto las echó a ver. Al centro del batey, amarrada a un poste, lo esperaba Rosario, la mulatica fiel. Su torneada espalda mostraba al sol la delicadeza de su piel morena y sonrosada. Debajo, medio ocultos en una contorsión de pudor, los hermosos pechos acusaban su graciosa curva. Una turba de esclavos esperaba con impaciencia mal disimulada el sabroso espectáculo...

Ésas habían sido sus órdenes. Se esperaba por él.

Se acercó a su víctima y la contempló por largo rato. La belleza de la esclava, lejos de enternecerlo, prendió nuevos furores a su rencor. Había hecho mal en agotarse de aquel modo con la otra mala bestia.

Pero no podía más: no tenía fuerzas. Sus ropas, sus manos, su pañuelo, tanta sangre comenzaba a repugnarle un poco. Valía más desistir.

—¡Suéltenla!

La esclavita no lo entendió enseguida. Pero cuando se convenció de que su Virgen del Rosario había operado el milagro, y la última

vuelta de la soga dejó libres sus muñecas adoloridas, la gratitud venció al pudor: cayó de rodillas y juntando las manos sin preocuparse de su seno desnudo, prorrumpió en sollozos.

—¡Dios lo bendiga, mi amo! —balbuculó—. ¡Dios lo bendiga!  
Don Lorenzo salió precipitadamente, en dirección a la casa.

## V

### Soledades

*For solitude sometimes is best society...*

MILTON: *Paraíso perdido*

Tras de la revolución de julio, en París, llegaron noticias de las insurrecciones de Polonia, Bélgica y Suiza; a la muerte de Pío VIII había sido exaltado al solio pontificio nada menos que el cardenal Capellari, el contradictor furioso del jansenismo, después de sesenta días de cónclave, en medio de una Italia más inquieta y revuelta que nunca. ¿Estaría próximo el fin del mundo?

La guerra civil en la madre patria, por otra parte; las noticias más contradictorias del continente, recién consagrado a la independencia, a la libertad, y ensangrentándose a diario con vergonzosas luchas fratricidas; en Cuba misma, el proceso de la conspiración llamada del Águila Negra, descubriendo la incapacidad nativa para la organización, para la disciplina y el espíritu de sacrificio... ¿Qué hacer: qué partido tomar para ser útil a la noble idea de la revolución, ante aquel maremagnum?

Juan Antonio, por lo pronto, desistió de su viaje a París. Así se apresuró a comunicárselo a su madre, a su vuelta de Puerto Príncipe. El novel licenciado en derecho entraría pronto a trabajar en uno de los bufetes más acreditados de La Habana.

En su desistimiento de aquel soñado viaje, además de su ternura filial y de su extrema prudencia en el manejo de sus no cuantiosas rentas, algo influyó también el recuerdo agridulce de unos grandes ojos claros, despavoridos e incitantes a la vez, y de una maraña de virutas de cobre, afirmando con un tímido movimiento de arriba a abajo que lo querían... Mariceli se le aparecía ahora a una luz nueva.

Hasta su misticismo se le antojó explicable, naturalísimo en aquel ambiente plúmbeo de su villa. Supo de la iracundia paterna, el día de su partida, y sintió impulsos de correr otra vez a Trinidad, para salvarla de las garras del tirano. Le escribió a su madre para que ayudase a Mariceli a realizar su vocación: él mismo haría gestiones en algún convento de La Habana...

La razón determinante de su renuncia a Europa, con todo, estaba allí, ante sus ojos, en aquella Habana de fines de 1830, en aquella patria de sus más nobles pensamientos, gobernada desde cinco años atrás, por déspotas militares, con atribuciones ilimitadas. Al cabo de tantos sacrificios y tantas esperanzas, mientras el continente buscaba en libertad su propia ruta —no importa si a costa de nuevas luchas, más ruinosas para los antiguos privilegiados de la colonia que para las masas siempre hambrientas y explotadas—, y mientras Europa renovaba su ataque al pasado decrepito de reyes absolutos y cortes depravadas, la isla de Cuba íntegra vivía en estado de sitio.

Entre la soldadesca extranjera, las masas de esclavos ignorantes y los cubanos ricos, vendidos por vanidad y cobardía al poder despótico de la Metrópoli, la exigua minoría criolla, digna y máscula, sufría su trágico destino con valor de héroes.

La Habana era una orgía. Francisco Dionisio Vives, militar insignificante, convertido en sátrapa de un imperio en ocaso, gobernaba *pro domo sua*, forzando una mayor actividad del dinero, ora por medio de grandes obras públicas, o de frecuentes contrabandos de esclavos, ora dando rienda suelta a todos los vicios. De ese ficticio Pactolo extraían sus innúmeros secuaces pingües beneficios. Y su gobierno adquiría a distancia el prestigio de un falso espíritu progresista. Negros y negreros, herederos manirroto y usureros, la iglesia y los tahúres, las grandes familias de los saraos espléndidos y las dueñas de prostíbulos. víctimas y victimarios adulaban y aplaudían sin discrepancia al listo gobernante mientras los agricultores, industriales y comerciantes prudentes y honrados, veían crecer vertiginosamente sus créditos incobrables, y la isla entera se plagaba de vagos, ladrones y asesinos impunes, familias deshonoradas y arruinadas por el juego, la usura, el celestinaje y el fisco; y aventureros convertidos en insolentes personajes de la noche a la mañana rebajaban la cultura general del país con sus groseros hábitos.

Juan Antonio Luna se enardecía diaria e inútilmente, entre sus amigos más jóvenes, glosando y comentando la terrible realidad. Pero los viejos enfriaban sus ardores. Nada inmediato ni radical se podía hacer contra aquello. No había dinero. Los conspiradores tiraban siem-

pre cada uno por su lado. Era imposible orientar la opinión pública, por la persecución y el soborno oficiales contra todo intento de prensa seria y libre. La oposición se desangraba en el panfleto procaz o degeneraba en criminosas supresiones de tal o cual esbirro sanguinario pero insignificante...

«Es cierto, es cierto —murmuraba para sí el joven—, pero Miranda y Bolívar; Hidalgo, Morelos, San Martín, Sucre, Páez: todos ellos tropezaron con lo mismo, ¡y vencieron!»

La fiesta de Nochebuena fue ese año en La Habana un frenesí de alegría.

Juan Antonio fue huésped de uno de sus viejos maestros. Alrededor de la venerable figura del gran patricio, reuniéronse hasta cuarenta descendientes, entre hijos, nietos y biznietos. El vasto palacio de la calzada del Cerro resultó pequeño para contener tanta gente bulliciosa y feliz. A la mesa central, que se extendía de un extremo a otro de la saleta y bajaba después hasta la mitad del zaguán, sentáronse ochenta y dos personas...

Solitario entre tanta gente, pensando en los tugurios miserables que había visto esa tarde, a lo largo del camino desde su casa —su cuarto de estudiante, en la calle del Inquisidor— y en la turba de chiquillos harapientos y famélicos que a su modo disfrutaban de la fiesta, invadiendo el portal y trepándose por los horcones como simios, a despecho de las espantadas y zurriagazos que de cuando en cuando salían a darles los criados; pensando en su pobre madre, solo acaso con su criada allá en su casita de Trinidad, y en Mariceli; sin saber por qué, Juan Antonio Luna llegó a una extraña conclusión, que nadie le oyó repetir después:

«Mientras la institución de la familia —musitó para sí— tenga esta preponderancia abrumadora, la democracia y la república serán vanos mitos entre nosotros.»

En la casona somnolienta del ingenio Manacanacú, el tifón doméstico de aquella pura y transparente mañana de octubre fue olvidándose también, poco a poco.

Apenas repuesta de su «fiebre inflamatoria» —en el decir científico de los médicos—, Mariceli fue con su madre a Trinidad y estuvo una hora ante la rejilla del confesionario. El padre Remigio, como otrora lo hiciera el buen padre Reguera, le censuró blandamente su rebeldía ante la autoridad paterna, pareció no darse por enterado de sus más íntimas y dolorosas confesiones —acaso por su invencible incoherencia

y sus sollozos a exponerlas—, y le impuso harto leves penitencias, en rezos y devociones.

La pecadora pareció resignarse.

Pero ese día resurgió en su cerebro, con renovado apremio, la idea de obtener más aislamiento dentro de su propio hogar.

Su madre, Rosario y hasta la indiscreta anciana ma Irene antojáronsele intolerables, con su profana inquisición sobre los detalles más íntimos de su fracasada peregrinación. ¿Por qué tenía que dar cuenta a todo el mundo? ¿Cómo podía explicar que el confesor no hubiese prestado atención a sus ruegos, que nada concreto le dijese sobre su ingreso en un convento, si ella misma no lo entendía? La vieja esclava, delante de su madre, se permitía burlarse de su vocación.

—¡Na, monja na! Aquí en tu casa, con tu padre y tu madre. Monja na. Tú no sibbe pa monja. Tú ta loca...

Tuvo que fingir un escalofrío y meterse en la cama, para quedarse sola. Pero su aparente recaída no hizo más que empeorar su situación. Volvieron los médicos...

Los preparativos para las fiestas de las Sagradas Reliquias, después de Difuntos, devolviéronle al cabo su calma. En el cementerio, frente a la tumba de su hermano Lorencito, su padre la había abrazado y besado en la frente. Era la reconciliación. Sin palabras. Las de ternura no las oyera nunca Mariceli en sus labios.

La tía Elena volvió al ingenio en diciembre, cerca de Nochebuena. No la yó mencionar ni una sola vez a su hijo.

Cierta fría reserva, aun en su propia madre, creó a su alrededor como un vacío, una escisión inexplicable en su existencia, entre su pasado reciente, hasta la última visita de Juan Antonio, y los días posteriores. Se le hablaba con un respeto extraño, mezcla de lástima y temor. Y su presencia producía siempre como una pausa y un cambio de ritmo en las conversaciones familiares.

No apeló a su espionaje disimulado de antes, sin embargo.

Asediada por las imágenes impresas en su memoria por el brusco desenlace de sus cavilaciones de tantos meses, alrededor de su matrimonio y de Juan Antonio, las precauciones de los suyos no hicieron otra cosa que agravar su ensimismamiento. Soledad y quietud era todo lo que necesitaba. Volvió a sus libros: ahora con preferencia a los portafolios geográficos y narraciones de viajes, de la biblioteca de su padre. Una *Guía de París* la entretuvo apasionadamente varios días. ¿Habría realizado Juan Antonio al fin su viaje?

Llegó Navidad. Hubo fiesta de Nochebuena, como todos los años, con bailes y jolgorios entre la negrada. La alegría de los pobres esclavos reanimó su espíritu. Halló un placer nuevo en colmarlos de atenciones y regalos. Y hasta sus cómicas alusiones ingenuas a las cosas divinas, produjéronle acres hilaridades, seguidas de algunos padrenuestros y avemarías de descargo, por su soberbia al reirse de aquellas inocentes creencias.

Preguntó por Filomeno, casualmente.

Y la vívida imagen del prisionero la sacó de un empujón de la realidad, para hacerla vivir una vez más las horas de aquella tarde inolvidable.

—El amo lo mandó al hospital de Trinidad —informó alguien.

—Le pegó tan duro y lo dejó tan malo —musitó a su oído Rosario— que le cogió después lástima. Por él me salvé yo, niña Mariceli: ¿no lo sabe?

La joven oyó sin entender. Castigos, lástima, hospital... En nada difería el caso de los demás. Pero a ella y a Juan Antonio su padre les había dejado entender que no castigaría a Caniquí. ¿Había hecho otra de las suyas el esclavo?

Dejó al fin su ensoñación y formuló una pregunta.

La emoción del gran día soltó la lengua a la esclava. Por orden de la señorita, nada le había referido a la niña Mariceli de su milagrosa escapada, ni de su gran vergüenza....

Mas ya todo, a ella misma, le parecía menos horroroso. Estaban a la vista de la casa, y fuera del alcance de oídos indiscretos. La Virgen del Rosario, que la había oído en su doloroso trance, le perdonaría seguramente su desobediencia. Ella no podía ocultarle nada a su amita.

Mariceli absorbió la emocionada narración como un tósigo que le inyectaran en las venas. Había perdonado a su padre, culpándose a sí misma, conforme le prometiera a su confesor. Pero lo que Rosario le contaba hacía crecer su culpa abrumadoramente. No había proporción entre ésta y sus insignificantes penitencias, impuestas por el padre Remigio. ¿Cómo era posible que su confesor conociese todos los hechos y nada le dijese? ¿Qué privilegio disfrutaba ella, ante un ministro del Señor, para la remisión de sus gravísimos pecados? Acaso por ser hija de quien era...

La audaz idea se le clavó en el fondo de su conciencia.

Su confesor era otra víctima del poder maléfico de su padre.

Y la salud de su alma —su propia salvación— estaba en sus manos. En lo adelante tendría que señalarse ella misma sus penitencias.

La gran fiesta de la noche cayó sobre su corazón como el chubasco invernal de aquella tarde gris de diciembre sobre el granito del portal.

En los primeros días de enero, conforme a la costumbre tradicional, las familias regresaron a Trinidad.

Doña Celia no pudo sustraerse a todas las invitaciones que para recibos y saraos llovieron sobre la casa de la calle Real. Desde la ventolera de su esposo por casar a la hija, se había visto obligada de nuevo a aquel trueque de compromisos. Y luego él mismo, con la brusquedad de todas sus decisiones, hubo de echarle en cara que visitaba demasiado...

Pero ella en su íntimo ser no se engañaba. Aquella señoras de la villa no le perdonarían jamás su fácil conquista de Lorenzo de Pablos, su salto de habanera huérfana y recogida por caridad en casa de una prima, a esposa de uno de los hombres más ricos de toda la región central de la isla.

Se excusó lo mejor que pudo. De ésta, enviándole con Rosario una salvilla de naranja pilada, o de piña de almendras, o de manjar de lima, hechura de sus hábiles manos, antes con el consejo y ahora con el despechado refunfuño de la vieja ma Irene, que todo lo hallaba pasado de punto, o desabrido, o duro, o aguado: hasta que se le dejaba hacer algo a ella. De la otra, con un bordado, dos botellas de legítimo vino del Rin, o de champán del Ancla, una nueva estampa milagrosa o un rico encaje, expresamente comprado en las tiendas de los catalanes, de modo que antes de recibirlo en la bandeja de plata que a ese fin llevaba Rosario, la interesada lo supiese por su esclava de confianza, quien lo oyera del tendero de comestibles, enterado a su vez de la compra por su paisano el de la mercería de la calle de Gutiérrez, que sabía y hablaba inmediatamente de todas las ventas importantes, propias y ajenas, en su giro.

No de todos los compromisos pudo evadirse, desde luego. Y Mariceli recibió orden de vestirse para acompañarla a una visita de onomástico. Doña Luciana, la madre de Rosita Malibrán, celebraba su santo y el de su hija Lucianita con una reunión familiar de tarde, sin pretensiones. Rosita era señalada por las malas lenguas del pueblo como una marisabidilla irreverente y una coquetuela. Para ellas, sin embargo, había sido siempre cariñosa y sincera. Madre e hija estaban de

acuerdo un poco en aquella resistencia a la murmuración corriente. No podían faltar a la fiesta de la buena señora de Malibrán.

Por la mañana de ese día, en el patio grande de los esclavos, Mariceli había tenido un encuentro inesperado.

La vieja ma Irene, con sus aspavientos de costumbre, la había dejado con la palabra en la boca para ir corriendo y abrazarse llorando a un recién llegado, un pardo achinado, alto, esquelético, los ojos hundidos en un rostro color de ceniza, con más de aparición macabra que de ser humano.

Era Filomeno.

Mariceli ensayó una torpe explicación, para salir peor: deprimida y profundamente descontenta de sí misma.

Su primer impulso hubo de ser el de humillarse, sí: el de descargar su conciencia. Ella había intercedido en su favor, y obtenido la promesa paterna de que no se le castigaría.

Pero la expresión de aquellos recuerdos le quemaba los labios. La mención en alta voz del nombre de su primo la dejó aturdida. Y sin darse cuenta de ello descubrió su indignación recóndita contra el padre, el amo.

Tuvo que soportar entonces una humillación que no esperaba. Ma Irene le echó en cara su error: el amo era bueno. Caniquí había sido atendido en el hospital por encargo del amo, y hasta caldo de gallina y vino blanco le habían dado. Ahora no volvería Filomeno al ingenio. Venía a la casa de la calle Real como criado, y a aprender oficio. En el hospital ya había estado trabajando como peón de carpintero y de albañil. El amo era un santo...

Y Filomeno, al callar a su abuela para defenderla a ella y expresarle su gratitud queriendo besarle la orla del vestido, acabó de desconcertarla. En todo el día se había respuesto de su malestar.

A la caída de la tarde, ya vestida y en espera de su madre, Mariceli fue a sentarse junto a uno de los arcos de la saleta, mirando al patio. Con sus varios meses de vastos horizontes, allá en los corredores de la casa vivienda del ingenio, la exigüidad de aquel patiecito le oprimió el corazón.

Sobre el tejado de los cuartos del fondo, alzábanse los altos muros del convento, con las ventanucas de sus celdas en simétrica fila. Graves campanadas, anunciando rosario y sermón, resonaron dentro de sus oídos con extrema fuerza.

Así, oyendo campanadas y el eco de los cánticos en la iglesia, y aspirando a veces el místico perfume del incienso que bajaba hasta el

patio, se habían deslizado muchos días de su niñez lejana. Entonces aquella abertura trapezoidal, con sus arrietes de albahacas y vicarias y su mata de aguacate, no le parecía pequeña, ni triste. El gran traspatio lateral —el de la cochera y los cuartos de criados— con sus copudos árboles y su piso de tierra, era entonces tan vasto para ella como el batey del ingenio. Todo parecía transformado ahora de sus ojos adentro, puesto que lo reconocía igual. Lo mismo le sucedía con las personas, con las palabras que escuchaba de los otros. Hasta su noción del tiempo había perdido la exactitud y claridad de antaño. Lo hacía todo con excesiva lentitud o con premura innecesaria.

Cuando su madre salió de su habitación, la halló en el mismo sitio, inmóvil, llorando copiosamente y sin sollozos.

—¡Qué cara: qué cara para presentarse en una casa de visita! Pero vamos a ver: ¿por qué llorabas?

—Por nada, mamá, no sé.

—¿Te sientes mal?

—No.

—Entonces vamos, andando...

La caleza las esperaba ya, abierta la gran puerta de hierro, sobre el zaguán, y la de éste a la calle.

A pesar de la hora temprana, densos nubarrones que alteraban el horizonte, borrando la sierra, fingían un crepúsculo lívido, de tierra fría. Calle Desengaño abajo, sobre cuyo abrupto empedrado de redondos guijarros los bríos del caballo guía perdíanse en ruidosas e inútiles piafadas, la caleza rodaba entre una doble fila de casas cerradas e indiferentes. La gente del trópico recibía el conato de invierno con hostilidad manifiesta. Los escasos peatones eran sólo esclavos, estrafalarios portadores de capotes y abrigos viejos.

Mariceli sintió un impulso irrefrenable de apretarse contra su madre y hablarle de sus tribulaciones...

No, no le gustaba su traje. No estaba acostumbrada a verse con vestido de invierno. Prefería sus tarlatanas y muselinas a aquella seda tiesa y rechinante, aunque a su madre le pareciese tan rica. Pero el vestido era lo de menos. No iba a la fiesta a gusto, porque prefería quedarse en casa. Sabía que no iba a divertirse, sino a sufrir. Rosita misma no dejaría de mortificarla con sus preguntas burlonas. La llamada «sor Mariceli» a ella, y a su primo «fray Juan Antonio de la Luna»...

Era la primera vez que pronunciaba el nombre frente a su madre, y enmudeció de pronto. Su madre, por fortuna, no hizo hincapié sobre el

temido asunto, sino que repitió por vez enésima sus generalidades: la necesidad de ser obediente y sumisa con sus padres y con su confesor. Su traje estaba muy bonito y seguramente se divertiría en la fiesta.

Un salto de las enormes ruedas sobre las lisas y pronunciadas piedras de la calle, la obligó a separarse un poco de su madre, para recobrar el equilibrio.

Y no hablaron una palabra más en el resto del trayecto.

—¿Cómo pasé mi día de Reyes? ¡Bah! Como cualquier otro día...

Le hablaba Rosita Malibrán, con su locuacidad de costumbre. Estaban en pequeño grupo, amigas de confianza, con la ventana de la calle cerrada, por la frialdad de la tarde. Nada distraería a la joven de su parlero egotismo:

—Me levanté a las nueve. Hacía frío, ¿verdad? Pero... ¡señor! ¿Y esos malditos tambores y cornetas que alborotan la calle? ¡Tate! Me había olvidado que era seis de enero: las patrullas pidiendo sus propinas de costumbre. Me salí al patio, a ver mis arriates. Corté para mí una rosa de Jericó, unas tulipas y un clavel blanco. Y unas siemprevivas y marañuelas para Juanita, en el convite de su tío. Almorcé a las nueve y media. Y al espejo... Ya saben ustedes...

—¿Y tu cascarilla del Bayamo? —preguntó una amiga.

—¡Ni me hables de ella! Tuve que tirarla. He vuelto a la de caracol, que no me levanta el cutis. Y leche virginal, y agua de damas. Y los cartoncillos de carmín y la pomada roja para los labios, aunque rabien las comadres. Me río yo de lo que dicen por ahí de mis colores. Mi pomada de franchipana para el pelo, y con no poco trabajo me hice el condenado crespo de Venus este, que con el viento de estos días no hay modo de conservarlo. La peineta de brillantes. Estas peinetillas de los lados... ¡Y a misa de Dolores!

—¡A qué hora! —comentó Mariceli.

—Entré cuando ya habían comenzado, naturalmente. Alboroté medio templo con mi llegada. Los hombre saludándome..., algunos que ni conozco. ¡Qué pesados! En esto, que el negrito pone la alfombra torcida, y el taburete a medio ganchete. ¡Ya ustedes se imaginan, si me caigo piernas arriba a media misa...!

Una risotada general acogió su mímica del posible percance.

—Me puse nerviosa y marché al negrito pegándole con el abanico. ¡Qué escándalo el de algunas beatas! Me arrodillé enseguida y haciendo que me persignaba me enderecé el crespo, que con la pugna del

condenado negrito más parecía moco de pavo, caído así sobre los ojos. Repasé cuantos estaban en la misa. Tiburcio hacía el devoto en un rincón, pero no dejaba de mirarme. El vecino don Genaro —que luego viene con su tonel de señora y la escuálida Domitilitica— con una gruesa camándula en una mano, se daba fuertes golpes de pecho, cada vez que se daba cuenta que yo lo miraba. Froilán... ya calcularán ustedes me descubrió enseguida. Vino a colocarse en el escaño del altar de San Francisco, muy cerca de mí. Durante la misa me habló de las que estaban en el templo, y de la representación de anoche en el circo de la calle de la Gloria. El eterno Piculín. Y la Piculona, como le llamo yo a la mujer. Me dijo Froilán que Serafina Pomares iba anoche como prendida por los enemigos... ¡Qué Froilán! Y en esto: ¡la campanilla! Si no es porque la oímos a tiempo, hubiéramos sentado plaza de irreverentes. Pero ese Froilán... Ya saben ustedes. Eran con ésas las once y como por ser fiesta de dos cruces no tenían las tiendas abiertas, sino los postigos, no pude entretenerme con los mozos catalanes en revolver sus estantes de encajes y tules. Pero al pasar por casa del francés que vende prendas —¿no han ido a verlas?— me bajé a probarme no sé cuántos collares, aretes y sortijas. No compré nada, desde luego, y me fui a dar un par de vueltas por los cafés. A las once y media me aparecí en casa de Serapia... Ella les contará. ¡Qué tertulia! Si se entera Froilán me arma camorra de seguro. Había allí un oficialito llamado Demetrio, con quien coqueteé de lo lindo. ¡Qué tontos son los hombres, caramba!

—¿Dónde fuiste por la tarde?

—Muy aburrida, como siempre. La Playa. Un pedante majadero me regaló el oído con una disertación sobre la materia del espíritu atractivo y retroactivo del imán... ¡Qué sé yo! Todo para decirme que yo era como el imán para él. Y de la carcajada que le solté creo que entonces si se quedó de acero. Por la noche fuimos al teatro. Pero ni me enteré de lo que daban, porque me pasé conversando toda la noche con Froilán. A poco de llegar a casa, una serenta. Ni sé todavía quienes eran. La patrulla los disolvió enseguida. Y a las doce, de falondres en la cama. ¡Conque ya tienen ahí ustedes mi día de Reyes!

Con todo, la charla incontenible de Rosita no fue lo peor que sufrió Mariceli aquella tarde. Parlera, como siempre, fue sin embargo tan discreta que ni una alusión le hizo a su fallido noviazgo.

Las otras no hablaban tanto de sí mismas, pero querían saberlo todo de ella. Preguntáronle sin respeto alguno por «su novio» y su «matrimonio». Y de nada valieron sus evasivas. ¿Por qué novio le preguntaban, si ella no había tenido nunca por tal a su primo? ¿Quién la había oído a ella hablar de matrimonio?

Los comentarios agravaron su enojo.

—¡Pues mira que meterte a monja por esa «piedra» de tu primito!

—¿No sabes que estuvo enamorado de Luisita Echerrri?

—El año pasado le dio una serenata a Serafina Irrirragorri.

—Parece que quiere enganchar de todos modos una heredera rica.

—No seas tonta, muchacha. Si uno se va, otros quedan...

—Él debe de tener «algo» en La Habana, desengañaate. Una de esas mulaticas libres, que vuelven tarumba a los jóvenes blancos.

—Dicen que esas mujeres son terribles...

—¡Como que matan a los hombres, por celos!

La llegada de nuevas visitas la salvó del tormento. Por largo rato estuvo junto a la festejada, entre las señoras.

Comenzó la exhibición de talentos artísticos: los mismos de todas las reuniones de la villa. Mariceli se negó resueltamente a cantar una vez más cierta canción que le había ganado aplausos en otras reuniones familiares. Tenía una voz sin cualidades brillantes, pero dulce y bien timbrada, que manejaba con perfecta entonación y buen gusto. Y aleccionada desde niña por Doña Celia de Arriaga, que fuera en su juventud buena pianista, tenía su pequeño repertorio de estudios, canciones y piezas de baile. Tocó una mazurca, apremiada con la mirada por su madre, y dejó enseguida el piano.

Furiosa contra sí misma, sin embargo, por su desconcierto ante la mirada de todos y su torpeza al excusarse, aceptó salir a bailar con un oficial del batallón de Tarragona, guarnición de la plaza: el militar, de seis pies de estatura y torpísimo en la cubana contradanza, agravó de modo inesperado su sensación de ridículo.

Una carcajada de Rosita Malibrán la hizo perder el compás... Quedó como colgando en los brazos de su gigantesco compañero, que dio un traspies desairadísimo y acabó por asestarle un pisotón de marca.

Cuando logró librarse de él, exasperada, dejó un puñado de cabellos rubios en uno de los botones relucientes de la chaqueta del oficial...

Al regreso no quiso cenar. Un fuerte dolor de cabeza la obligó a acostarse sin una sola oración.

Veinte días después, allá en su cuarto de estudiante, Juan Antonio Luna tuvo en La Habana noticias de la fiesta. Doña Elena sólo supo que la primita había asistido a la reunión —de lo que se vio ella privada por su estado de salud— y que había cantado, tocado el piano y bailado toda la tarde con un apuesto oficial del batallón de Tarragona, muy disputado por cierto entre las muchachas. Su madre nunca le hablaba, naturalmente, del origen de sus informaciones. Ni a él se le ocurrió preguntárselo. Pero sus cartas resultaban minuciosas y vívidas crónicas de toda Trinidad. Todavía olvidaba o suprimía mucho la cronista, muy oronda de su buena letra y fácil escritura, del caudal inagotable que su fiel esclava Petra le traía constantemente, de todos los hogares de la villa.

Del mediodía que la recibiera, a la hora de prima noche en que salió para un baile a que estaba invitado y esa mañana misma no pensaba asistir, Juan Antonio leyó la carta cinco veces.

A él no le importaba, desde luego, que su prima fuese a misa o a un baile. No podía importarle. Lo que le sobraban a él en aquellas grandes fiestas sociales de La Habana, a que podía frecuentemente asistir y no asistía, por consecuencia de sus tristes ideas sobre la situación de Cuba, eran mujeres. Mariceli, al cabo, no era una belleza extraordinaria.

Pero que tocara el piano y cantara en casa de la viuda de Malibrán, cuando delante de él no accedió a hacerlo en quince días de ruegos, y que hubiese bailado toda la tarde con un oficial nada menos: con un «godo»...

Casualmente esa noche tuvo un restallante cambio de sardónicas cortesías con un teniente de la armada, que se permitió una galantería inoportuna con su compañera, a quien le hablaba en aquel momento de la volubilidad femenina. Y sin considerar que comprometía con ello a la familia cuya generosa hospitalidad disfrutaba, recitó más tarde ciertos versos del poeta José María de Heredia, considerados subversivos.

Sus amigos, por prudencia, lo acompañaron hasta la puerta de la casa de la calle del Inquisidor. A la mañana siguiente, muy temprano, lo llevaron casi a la fuerza hasta la villa de Guanabacoa, donde debía permanecer algún tiempo, mientras se olvidaban los incidentes del baile. Juan Antonio, aburrido de su cariñoso cautiverio, resolvió al cabo de algunas semanas que debía pasar sus vacaciones de Semana Santa en Trinidad.

El capitán general concedió al fin audiencia al caballero en cuya casa tuvo lugar el escándalo, se enteró de la formal promesa del provocador, de ausentarse por algún tiempo de La Habana, y mandó archivar el sumario, sin más trámites.

Nada se supo en Trinidad, naturalmente, del percance ocurrido al joven abogado.

Doña Celia rogó y ordenó en vano a su hija que la acompañase a otra reunión familiar, el día de santa Jacinta, a fines de enero. Jacintita Fernández de Lara se había destacado entre las que con más hipócrita saña la mortificaron en la fiesta de los Malibrán. Mariceli formó resolución de no ir más a bailes ni reuniones y así lo hizo saber a su madre, sin otra explicación que la de su reiterado deseo. Su vocación por la vida religiosa se acentuaba día a día, a despecho de la poca atención que se le prestaba. Y ya que ni ella ni el padre Remigio parecían estar dispuestos a ayudarla a realizar su anhelo, no era justo que se la obligase a ir a fiestas mundanas, donde ella se sentía francamente a disgusto.

El día de la Candelaria, sin embargo, doña Celia insistió.

El último verano —en agosto del año 30— recordó Mariceli que había asistido a las fiestas para la colocación de las tres campanas nuevas, en la ermita del Río de Ay...

Pero era con la Candelaria, a principios de febrero, cuando el pueblo se trasladaba en masa al pintoresco caserío, a cuatro leguas de la villa. Los que estaban sin bautizar, en todo el partido, recibían ese día las aguas purificadoras, en la pila de la modesta capilla. De los doscientos y pico de duros que se habían colectado para la fundición de las campanas y su colocación en el sacro lugar, Mariceli recordó que había aportado más de noventa, sacados a su padre y a varios caballeros amigos de la casa. El párroco se decía pariente lejano de su padre, y pareció tomar en serio su vocación monástica. Fue un período jubiloso y feliz de su vida, el que cerrara aquel gran día...

Sentada en la saleta, frente al patiecito central, Mariceli evocó una a una las escenas del año anterior, confundiendo las de aquel día tradicional —el de la Candelaria— con las del último verano. Y mientras ella, inmóvil, vivía en sus recuerdos, los ruidos alegres de la calle anunciaban que el pueblo disponíase a repetir actualmente los suyos, exentos de melancolía.

Representóse la soñadora, inmóvil, la algazara del viaje. Ricos y pobres confundíanse en la enorme cabalgata: aquéllos en sus volantas relucientes, éstos a pie, entre tantos otros a caballo, en vehículos de toda catadura y a lomo de todas las bestias: mulas, borricos y hasta bueyes. De cuando en cuando y sobre las carcajadas que no dejaban de escucharse, como la gritería de los muchachos y las llamadas de las madres, elevábase una hermosa voz, o un

dúo, o un bien llevado conjunto, con acompañamiento de guitarras. Y la gente callaba, deleitada o paciente, para estallar después en aplausos o silbidos. Un cohete intempestivo, obra de la impaciencia de algunos, sembraba por un momento la confusión entre las caballerías asustadizas. Y seguía siempre la cabalgata, bajo un sol de fuego, por la orilla retorcida del río, sobre una alfombra de bejucos que en pocos días cerraban otra vez el paso con su invencible crecer continuo en aquel ambiente húmedo y cálido de las gargantas trinitarias: el anamí, el apasote, la artemisa; el cundiamor cuajado de pequeños frutos de un ocre ofensivo; la peonía como llovida de puntitos rojos... A derecha e izquierda, sombreando a veces el río con sus audaces ramas, las enormes ceibas, los algarrobos, las guásimas; las enhiestas palmas cerca y lejos; todo el campo suyo. Y abrazadas a los fuertes troncos, en tupido follaje de todos los verdes, rosas y violados, el coralillo, el bejuco azul, las campanillas, los crotos multicolores y magníficos, el embeleso...

Después, la llegada: las campanas a vuelo, la pugna ensordecedora por reunir en grupo los impacientes dispersos y conquistar lugar para la acampada del día; el vocerío alrededor de las peleas de gallos, de los juegos de ruleta, boliche o perinola, sin contar la indispensable lotería en beneficio del culto, y los gritos de los vendedores ambulantes, con sus tableros de panetelas y bizcochos y vasos de ponche y de agualoja. Alrededor de las endeblés mesitas de tijera la gente circulaba atropellándose y los muchachos perseguíanse sin cesar, mientras los bozalones pregoneros de «bicocho» y «agualó» sólo parecían preocuparse de las moscas. Dentro del reducido templo los que iban llegando cerraban el paso a los que ya querían salir, manteniendo sin embargo un silencio respetuoso, entre codazos, empujones y furiosas miradas de reproche...

La madre preguntó por la vez última: aún era tiempo. Domingo, el calesero, esperaba órdenes.

Mariceli movió lentamente la cabeza, de un lado a otro.

No: no iría a Río de Ay. Su sentido más hondo de la religión, a medida que se le negaba el derecho de expresarlo con actos y no vanas penitencias pueriles, le avisaba que en aquella excursión de la Candelaria —como en tantas otras fiestas de la villa— más había de pagano entusiasmo por la vida, por el mundo, por los apetitos vulgares de la carne, que de verdadera piedad cristiana.

—No, mamá: no voy. No puedo ir.

Y doña Celia, que antes de la muerte de su hijo no solía faltar en la excursión alegre, le agradeció la negativa. Sólo por animarla a ella se había prestado a ir.

Al fin, con la entrada de la cuaresma. Mariceli descubrió un objetivo determinado, transacción mínima de su gran deseo: tendría una capilla, un oratorio. Una celdita para ella sola, allí dentro de su casa. Su antiguo cuarto de juguetes servía admirablemente para la realización de su propósito. Más de un altar había elevado ella en aquella habitación siempre llena de trastos viejos y cosas inútiles, a la que pomposamente había oído llamar siempre «el cuarto de juguetes de la niña». Sus juguetes, en realidad, apenas habían ocupado el espacio entre la única ventana, dando al patiecito central, y la puerta de acceso a la saleta. Ante su último altar de niña —que reportárale días y días de entusiasmada labor— hubo de concebir, entre devota y melancólicamente apiadada de sí misma, su magnífico proyecto de un verdadero altar, con su crucificado de talla y buen tamaño, y cirios de verdad, para encenderlos cuando quisiera. El pabito quemado de sus velitas de juguete le había costado siempre regaños. Ahora tenía ella discernimiento para que no le gritaran que estaba «jugando con fuego» y que iba a prender la casa.

El «cuarto de juguetes de la niña» era el menor de los que formaban el ala derecha de la casa, contiguo a la saleta-comedor, con una puerta a ésta y una ventana única al patio central. La comunicación con la habitación posterior, que cerraba el ángulo derecho superior de la casa, había quedado obliterada después de desocuparla las nodrizas de Lorencito y de la Vizcayita; las únicas esclavas que durmieran en la parte interior de la casa hasta que Mariceli obtuvo igual gracia para Rosario. Pero Rosario, a pesar de tener asignada como suya la otra habitación del fondo, junto a la cocina, traía todas las noches su cama portátil al aposento de la derecha de la sala, lista siempre a la llamada de sus amas, que dormían en el segundo aposento. Don Lorenzo tenía por territorio propio el aposento a la izquierda de la sala, la recámara y las siguientes habitaciones: toda el ala izquierda de la casa.

Al extremo derecho de la vasta saleta-comedor, se cerraba por las noches la única y gran puerta blindada, provista de un enorme barrote transversal, que comunicaba el recinto propiamente dicho de la casa de los amos con el gran patio lateral, caballerizas, cocheras y

cuartos de criados. La puerta blindada abría al zaguán de la casa, donde la calesa o la volanta, lista para salir, esperaba a los amos. Y sólo cuando éstos se acomodaban en el vehículo escogido y daban la orden, se abría la portaza exterior del zaguán, frente al callejón del Guaurabo, un esclavo para cada pesada hoja. Para lo demás del servicio sólo se abría el postigo, inscripto en una de las hojas.

La celda en proyecto reunía, pues, positivas ventajas de defensa contra la profana curiosidad de todos. Una pequeña ventana alta, casi junto al techo y protegida por gruesos barrotes de hierro, completaba la ilusión. El ventanuco daba a la cochera y fuera del alcance de un hombre. Por ese lado nada había que temer. La misma puerta blindada —connotación inevitable de defensa contra posibles «jacqueries»— se cerraba más por temor a las corrientes de aire que a la bien probada servidumbre. Y casi nunca se le echaban la barra transversal o el cerrojo. No era de los infelices esclavos que Mariceli pensaba en defensa, sino de sus propios padres...

Pero no era conveniente hablar a los otros de sus íntimas razones. Y Mariceli halló pronto otra más propicia a la ejecución inmediata de sus planes. Primero había que conquistar a la madre. Con el padre no vio otro medio más seguro que presentarle los hechos consumados. Contaría para ello con su madre, si de modo tácito.

Al cabo, era verdad «verdadera» que en la casa de la calle Real no había propiamente capilla, como en la de vivienda del ingenio. Se rezaba en la recámara, al lado izquierdo de la saleta —*partibus infidelium*— de donde había desaparecido el mobiliario desde muchos años atrás, con la excepción del reclinatorio de su madre; y sólo quedaba el enorme cuadro de la virgen, traído de España como obra de un pintor famosísimo, y expresamente para llenar el ancho testero.

Pero aquel sagrado lugar había perdido toda solemnidad. ¿Cómo su madre podía entregarse en él a sus oraciones, mientras el padre incrédulo y blasfemo pasaba y repasaba detrás de ella, entre el aposento que daba a la calle, donde tenía su escritorio, y sus habitaciones del patio?

Mientras exponía a doña Celia aquellas consideraciones, reprimiendo sabiamente las que alteraban su pulso y hacían temblar quizá su voz, Mariceli recordó un hecho insignificante, a lo mejor olvidado ya por su madre... El año pasado se había encerrado allí unas parejas de perros, no sabía ella a derechas con qué propósito.

No lo sabía, en verdad, de un modo exacto.

Pero no se equivocó en sus cálculos, acerca del efecto que el hecho evocado podía producir en su madre.

Doña Celia hizo suya la idea, y prometió cuanto la futura monja doméstica podía esperar de ella.

## VI

### Miserere nobis

*Ved que he sido concebido en pecado. Y en pecado mi materia me mantiene.*

*Versículo del Miserere (Salmo 50)*

Filomeno fue advertido de la necesidad de concluir su trabajo sin llamar la atención del amo. Los tarcos se pasarían al último cuarto o se llevarían al patio grande, para convertirlos en leña. Rosario, haciéndose cargo de las cosas pequeñas, prestó su ayuda diligente, para alegría incontenible de Filomeno. La presencia de la linda mulatica agolpaba un torrente de cantos en su garganta, que el impuesto silencio trocaba en muecas, contorsiones y juegos malabares con los trastos ligeros. Rosario, ahogando también su risa, le imponía cordura con señas elocuentes.

—¡Caniqué, negro malo, tú báa morir coggao! —repetía él, al pasar junto a ella, en voz muy baja. Era un estribillo de la abuela ma Irene con que él solía expresar, a su manera, su aceptación despreocupada y máscula del destino.

Mariceli, en tanto, sin abandonar su estudiada calma, no podía contener su impaciencia. Y acabó tomando parte en la limpieza.

Una jaula rota, la armazón de una silla destrozada, una tabla de planchar partida en dos, cojines destripados, innúmeros cabos de escobas y plumeros... ¿Para qué se guardaban tales inmundicias?

Sus órdenes eran casi siempre expeditas, lustrales:

—Al otro lado. Quémenlo o bótenlo: ¿para qué sirve eso?

Con la remoción de sus escondrijos, arañas y cucarachas surgieron de todas partes. Mariceli se vio forzada a desistir de su labor.

Mas Filomeno, divertido con los gritos represos e incoercibles estremecimientos del miedo de su amita, cazaba aquellas alimañas con

sus manos y jugaba con ellas, mostrando la doble hilera nívea de sus dientes en inconvenientes carcajadas.

Temblorosa de todos los miedos, Mariceli salió a la saleta. Afortunadamente, en cuanto al escándalo, el padre no había regresado aún. Doña Celia tampoco estaba en la saleta.

Otra vez su doble ego, su implacable conciencia, la acusó de tomar la empresa con mundano entusiasmo. Insomne la noche anterior y prometiéndose penitencias magníficas y éxtasis seráficos en su apetecida soledad del oratorio, de su celda anhelada, cierta vocecita irritada del fondo de su ser la acusó una y otra vez de tomar la idea un poco en juego, como otro de aquellos sus altares de niña, en el mismo «cuarto de juguetes» en que ahora Caniquí, con su alegría salvaje, la provocaba a risa...

Y era para hacer penitencia para lo que ella necesitaba aquel oasis espiritual en el desierto de su hogar. Porque se le impedía realizar su anhelo de ser monja, de tener su celda blanca y pura en un convento de hermanitas angélicas, rebosantes de ternura, que pudiera ella estrechar contra su corazón libre de impuras penas. Se le tenía encerrada en aquel círculo de hierro, asediada por todas las tentaciones, abandonada por su madre y por su confesor mismo, escarnecida hasta por los esclavos, que impetraban la bendición de Dios para el amo implacable. Su casa: toda la villa estaba bajo el poder satánico de su padre y de los hombres como él. Y su única esperanza de salvación, iluminada como se sentía por el poder más alto de Dios, estaba en resistir, en vivir para su ideal de pureza y amor divino, en mortificar su miserable cuerpo que sangraba, hedía, sentía estremecimientos y ardores nefandos, dolía con dolores abyectos y embrutecedores y acechaba noche y día en ella toda oportunidad para apartarla del camino de salvación.

De súbito, como un cohete de luces, una idea se abrió en radiosa palma de policromos fulgores, ojos adentro de su alma...

Empuñaba todavía en su diestra el último objeto que la sorpresa misma le mantuviera en sus manos crispadas: era un mango torneado de sacudidor, al que sólo quedaban unas cuantas cañuelas hirsutas e inservibles.

Su mano, obedeciendo un misterioso impulso, agitó en el aire el viejo instrumento de limpieza.

Y éste, de repente, quedó transustanciado en santa disciplina. La del reverendo fray de la Cruz Espí, que ella de niña viera en una urna de cristal.

Un extraño temblor recorrió su cuerpo.

—¡Niña Mariceli! ¡No se siente ahí! ¡Está lleno de polvo!

Tuvo que sentarse, sin embargo. El viejo sillón exhaló un sordo crujido, y dio con ella blandamente en tierra.

Entre Rosario y Filomeno, la ayudaron a levantarse.

Y hubo que dar gracias, sonriendo.

Desde ese instante la idea fue como una llaga viva dentro de su cerebro.

Hasta entonces su humildad le había impedido la formulación perspicua del deseo. Porque ella era demasiado insignificante para aspirar a esa altísima prueba, nimbo de inmarcesible gloria sobre la cabeza de tantos mártires y del propio Jesús, exangüe y moribundo sobre su cruz. ¿Quién era ella para alcanzar esa gloria?

Del origen de su inspiración no podía caberle duda, sin embargo. La agradeció con unción infinita y se dispuso a obedecerla sin vacilaciones.

Almorzó con apetito, oyó con gran satisfacción que su padre volvió a salir y llamó enseguida a Filomeno, para que continuara su trabajo. No quiso dormir siesta y fue a traer algunos de sus libros, que decidió estarían mejor en su oratorio. Rosario quedó en el aposento, con su madre, para abanicarla como de costumbre, mientras dormía la siesta, y para librarla de las moscas. Así solía la esclava echar también su siestecita.

Bajo el sopor calenturiento de la hora, sola en el vasto comedor, rodeada de silencio, Mariceli abrió su *Leyenda dorada*.

Y con el corazón saltándole dentro del pecho contempló demoradamente las ingenuas estampas de su edición de Jacques de Voragine, animándolas con la lección enésima de las horribles torturas infligidas a los mártires. Santa Ágata de Catania, su bello cuerpo virginal tostándose al fuego; santa Justina de Antioquía, degollada con Cipriano, su esposo espiritual; la hermosa Thais, tres años encerrada en su celda; santa Cecilia de Roma, esposa de Valeriano y virgen sin embargo, abrasada y degollada por el tirano Almaquino...

Y la historia de santa Catalina, princesa de Costi, victoriosa en su disputa con los sabios del César, ante quienes demostrara la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, convirtiéndolos a su fe y ayudándolos a bien morir en sus tormentos espantosos, así como a la reina y a una multitud de servidores del rey, todos martirizados, sus miem-

bros desgarrados por férreas ruedas y hervidos en grandes calderas, mientras a la reina misma los verdugos arrancaban los pechos...

Y san Sebastián, su cuerpo blanco y suave, casi femenino, dilacerado por las flechas...

Y santa Cristina del Tirol —la más interesante de todas— que mientras la destrozaban poco a poco sus verdugos, arrancándole los pechos, la lengua y sus partes más secretas, cogió a manos llenas puñados de su propio cuerpo, chorreando sangre, y se los arrojó al rostro a su padre gritándole: «¡Toma, tirano, y come de la carne que engendraste!»

Cerró los ojos, y la piadosa estampa, tanto y tanto tiempo ante su vista, se reprodujo en rojo detrás de sus párpados.

Soñó. Estaba ella amarrada a los travesaños del «tumbadero» del ingenio, retorciéndose de dolor y sangrando, bajo el látigo del contramayoral.

Pero el contramayoral no era otro que su padre, su propio padre, la ancha faz congestionada y feroz, como en la escena de la olvidada mañana de octubre. De pronto el rostro de Filomeno, el esclavo, surgió a su lado...

Trató de gritar y despertó en una contorsión.

Caniquí, en realidad, estaba junto a ella:

—¿Qué fue, niña Mariceli? ¿Taba llorando...?

—No fue nada, no fue nada —barbotó ella. Y como el negro permaneciera arrodillado, expectante, le ordenó—: ¡Anda, Filomeno, sigue tu trabajo! ¿Qué me miras así?

El esclavo obedeció y echó a andar lentamente hacia la futura capilla.

La vieja ma Irene, que Mariceli columbró entonces, junto a la puerta grande del zaguán, desapareció como una sombra.

Desalojada la habitación, el lunes siguiente, segundo día de la Semana Mayor, se empleo en la construcción del altar, traslado de un estante de libros y otros pequeños trabajos que dispuso la joven. A la hora de la siesta, solos también ama y esclavo, Mariceli le exigió toda su atención y expuso confidencialmente al improvisado operario lo que tenía que hacer, el más importante acaso de sus trabajos.

Filomeno pareció no entender al principio. Hasta se atrevió a preguntarle para qué la quería, aquella disciplina de tiras de cuero, fijas de algún modo en el cabo torneado que su ama sacara como por arte de magia del armario donde él viera colocar un momento antes sólo

libros, y cuya construcción, bien resistente, le recomendaba Mariceli con voz entrecortada, más cerca de él que ninguna mujer blanca lo estuviera en su vida, rogándole no decir una palabra de ello a nadie: ¡absolutamente a nadie!

La suplicante, de espaldas a la saleta, no vio una sombra que cruzó dos veces frente a la puerta de la nueva capilla, y desapareció por el zaguán, como el sábado anterior.

Pero Filomeno cumplió su palabra. Rechazó airado todas las preguntas de la abuela, consiguió sus clavos, sus tachuelas y su braman-te fuerte, y con cabal sigilo —mientras simulaba otro trabajo de carpintería, entre los trastos aún amontonados en la caballeriza— remató su obra y la escondió a buen recaudo. Una insoportable curiosidad, sin embargo, se apoderó de su imaginación. El flagelo no podía ser para otra esclava que Rosario. Y su tosco raciocinio rechazaba la imagen, sin embargo, de su amita castigando a la fiel mulata... Una y otra vez se había detenido en su tarea, incapaz de coordinar sus movimientos.

Al otro día, también a la hora de la siesta, Mariceli recibió de sus manos el misterioso encargo. Iba resuelto a decirle algo: ¡que le diesen a él los azotes! Él era un hombre y había resistido al amo. Lo había derrengado, salvando así, sin saberlo, a la linda mulatica. El recuerdo de aquella circunstancia lo unía a ella con un extraño sentimiento, para él nuevo.

La niña Mariceli no le dio tiempo. Recogió el azote y corrió a ocultarlo en la capilla.

—Niña Mariceli... Niña Mariceli...

Al fin salió ella de nuevo, sonriente y feliz.

—Niña Mariceli... Niña Mariceli...

—¿Qué te pasa? ¿Qué quieres?

La idea más sencilla le adivino enseguida:

—¡Ah! Espera... No tengo nada conmigo. Pero mañana te lo doy. Dos pesos duros en plata. ¿Te parece bien? ¿No? Pues... ¿cuánto quieres?

—Caniqué no quiere dinero, niña.

—¿Entonces?

El negro cayó de rodillas.

—¡Déme a mí lo jasote, niña Mariceli!

—¡Negro! ¿Qué dices?

—Déme a mí lo jasote —repitió el esclavo. Sus medios de expresión le faltaban. ¿Cómo atreverse a hablarle de Rosario?

Mariceli, desconcertada, trató de sonreír.

—Vamos, Filomeno: ¡tú estás loco! Levántate. Levántate...

Oyó un ruido detrás de ella.

Y desprevenida para explicar la situación, se encontró bajo la mirada torva de su madre.

El esclavo se había puesto en pie, de un salto.

Atropelladamente, la joven ensayó una serie de inconexos regaños. Bajó la cabeza, iluminada de repente por una idea, y comenzó a seguir un rastro.

—¡Pasó por ahí! Y salió de la capilla, te digo. Se fue por el zaguán. Pero mira, en la capilla. En la esquina, del lado de allá, hay una cueva, la boca de una cueva. Ven a verla...

La madre no pareció muy convencida. La familiaridad de su hija con el esclavo, en todo caso, la disgustó profundamente.

Filomeno, en tanto, había tomado el pretexto muy en serio. ¿Ratones? Para algo estaba él aprendiendo también el oficio de albañil. En el hospital había aprendido a tapar cuevas que nunca más abrían los ratones... hasta que hacían otro boquete al lado. Enseguida iba a ver la niña Mariceli cómo él descubría y acababa con todos los «bujeros».

Permaneció un instante sola, en la capilla, dando gracias a Dios por su hábil escapada. Y salió de nuevo a la saleta, donde aún la madre deambulaba, silenciosa.

Casi inmediatamente regresó Caniquí: un cajón de mezcla bajo un brazo y colgando de lo mano del otro un saco de herramientas.

Desde la saleta lo oyó la joven martillar y hacer la mezcla dentro de su cajón, con isocrónicos golpes que pronto devinieron un tamborileo rítmico, y el acompañamiento de un canto africano. Al fin se oyeron las palabras:

*Camina po lo suelo: niña asustá.*

*Camina po lo suelo: cueva tapá.*

*Camina po lo suelo: no sale má.*

*Calabasún, sun sun...*

—¡Filomeno! ¡Que estamos en Semana Santa!

—¡Caniquí, negro malo —contestó como un eco la voz del pecador—, manque te juya tú báa mori coggao!

Algo de vidrio se quebró con estrépito...

—¡Filomeno! ¿Qué fue? ¡La urna del crucificado!

Y a la segunda idea, saltó Mariceli de su asiento.

—No, mi ama —gritó dentro Filomeno—. Botella que patto pa meté bridio entro e la cueba.

Había partido un casco de botella para atascar las cuevas. Por allí no saldrían más los ratones.

Hubo un largo silencio. La madre desapareció tan calladamente como había llegado y Mariceli volvió a su libro.

De súbito la joven vio ante ella otra vez al esclavo, encorvado, ambas manos aferradas a un muslo. Por entre los dedos y el tosco pantalón chorreaba un líquido rojo: ¡Sangre!

Caniquí ensayó una breve explicación. Al echarse boca abajo para tapiar la cueva, se había incrustado en el muslo un pedazo de vidrio. Pedía permiso para ir a la caballeriza, a buscar telaraña. Y volvería enseguida.

Pero la vista de la sangre privó instantáneamente a Mariceli del dominio de sí misma. Sin oír al herido, con los ojos clavados en el jugo viscoso y terrible que goteaba ya sobre el mármol blanco del piso, comenzó a dar gritos...

Gritando también, como enloquecida, acudió en el acto doña Celia. Rosario, detrás de ella, y ma Irene, que entró por el zaguán seguida de Domingo el calesero y otros esclavos, todos inquiriendo el origen de la alarma y hablando en alta voz, rodearon de repente a los actores de la extraña escena.

Mariceli, profundamente arrepentida de su imprudente alarma, se esforzó en vano por tranquilizar a su madre.

Doña Celia parecía como presa de un síncope. Se ahogaba...

De Filomeno se hizo cargo Francisco, el cocinero. Nadie prestó atención a sus irritados reproches. La niña Mariceli se había asustado: eso era todo. Él se había herido con un vidrio mientras trabajaba. Allí en la capilla estaba el casco de la botella: podían verlo. ¿A qué tanto «paviento» y tanta bulla?

Por algunos minutos fue imposible entenderse. Mariceli pidió un médico. Y entre ella y Rosario llevaron a la madre hasta su cama, sin sentido. Domingo desapareció por el zaguán hacia la calle y ma Irene renqueó con toda la premura que le permitieron sus años, hasta la cocina, a preparar el consabido cocimiento de tila, con aguardiente de guaco.

Fue bastante difícil, para la misma doña Celia, urdir una explicación medianamente racional del absurdo incidente.

—Oí que alguien se había herido, doctor, y creí que era mi hija. Creí que la urna del crucificado le había caído encima. Y al verla con las manos

sobre el rostro, creí que se había sacado un ojo. ¡Imagine, doctor! Usted perdone que se le haya molestado...

Y sin cambiar tilde ni coma, así llegó la versión del accidente a don Lorenzo de Pablos.

Filomeno, mientras servía la comida, fue más explícito:

—Un bridio nel mujlo. La señorita asustá porcque niña Mariceli empezó da grito. Yo no tiene na. Yo mismo saqué bridio y pone telaraña. Ya ta curao.

Ambas explicaciones ensamblaban mal. Pero Mariceli sólo pensaba en el implícito descubrimiento de su secreta empresa, todavía sin concluir. Faltábanle paños al altar, cirios, flores, adornos. Y si su padre ordenaba echarlo todo abajo, aparecería su oculto tesoro: ¡no podría llevar a feliz realización su magno empeño!

Doña Celia, con pocas palabras y sin darle la menor importancia al asunto, explicó que se había convertido en capilla el antiguo «cuarto de juguetes de la niña».

Preparada para oír las atrocidades del gran ateo, Mariceli escuchó su sencilla pregunta sin dar crédito a sus oídos:

—¿Dónde pusieron mi montura andaluza?

Filomeno informó. La había limpiado y colocado en el último cuarto, sobre un burro de madera. Y la había envuelto con papeles, además, para preservarla del polvo.

Don Lorenzo se dio por satisfecho y pidió la copilla de la lumbre.

—Juan Antonio Luna está en Trinidad—dijo sin dirigirse a nadie.

La nueva capilla —la celda de la ilusa novicia— quedaba, pues, tácitamente aprobada.

El miércoles, previo un recado verbal enviado con Petra, la criada de su madre, en demanda de la autorización de rigor, Juan Antonio hizo a sus tíos la primera visita.

Don Lorenzo había salido de madrugada para el campo y no regresaría hasta la noche: quizá hasta el día siguiente. Doña Celia y su hija recibieron al viajero en el estrado de la sala, con toda ceremonia.

Se cambiaron las preguntas y finezas de costumbre. El sobrino era ya todo un señor licenciado. La tía estaba más gruesa y lucía más joven. Mariceli... la prima no levantaba la cabeza del pecho, pero el primo la encontró más delgada. El tío, como siempre, muy ocupado con sus negocios. El tiempo se pasaba sin sentirse. Ya hacía seis meses que el viajero dejara Trinidad. ¿Cómo lo había pasado? Como siempre.

¿A muchos bailes? ¡Ni uno solo! Sí, una reunión de tarde, sin importancia. ¿Mariceli? En su idea de siempre. El padre Remigio había escrito a su ilustrísima. Con dote o sin dote, haría siempre su noviciado: ¿por qué no? Pero había que esperar. Esas cosas no se hacían festinadamente.

Las pausas interminables y el silencio obstinado de Mariceli hicieron transpirar copiosamente al joven. A los tres cuartos de hora ya todo parecía dicho.

Al fin se despidió. No podía quejarse del recibimiento de su tía. Doña Celia se le había mostrado atenta y franca como nunca. Pero la actitud de Mariceli era una enigma. ¿Cómo explicarse satisfactoriamente tal silencio, tal hostilidad, después de su separación amistosa y en cabal acuerdo, seis meses antes?

Volvió junto a su madre taciturno y distraído. ¡Tanto que elaborara *in mente* para decírselo a su prima! ¿No era por ella, después de todo, que había venido? Y hasta el día siguiente no volvería a verla. Irían a ver la procesión en casa de los Fernández de Lara, en la calle de la Amargura... Apresuróse a enviar recado a la familia, anunciándole su llegada y pidiendo autorización para hacerle visita. Estuvo amable e insinuante como nunca con Jacinta Fernández de Lara. Y obtuvo su invitación, para ir él también a ver la procesión, en la casa de la calle de la Amargura...

Juan Antonio se engañaba sólo a medias. Porque en el silencio de su prima no había hostilidad alguna, pero, de haber podido hablar, Mariceli no hubiera esclarecido en un ápice sus dudas.

La preparación de su «celda», sus lecturas renovadas de los cruentos suplicios afrontados con divino gozo por los mártires cristianos, y aquella su inspiración también divina de añadir el sufrimiento corporal a sus ejercicios religiosos —las disciplinas escondidas entre sus libros, esperando por ella— la habían como arrastrado por una senda nueva, fuera de la realidad. Sus ejercicios mismos del culto en la Semana Santa, carecían ese año del sentido impersonal y grandioso, pero acaso demasiado ritualístico de todos los anteriores de su vida. Ahora era su salvación lo que comunicaba a sus actos una impaciencia y un fervor extraños. Ya no era la oveja segura dentro de su rebaño. Se sabía perdida y sola: ¡sola! Y la senda recién descubierta por propia cuenta a la vez la atraía y la aterraba. Un presentimiento, como una obsesión, mantenía en suspenso su alma. Todas sus horas de vigilia y hasta su propio sueño, intranquilo y poblado de absurdas imágenes

incomprensibles, era como una larga víspera del gran día inminente. En los movimientos más sencillos: abrocharse un botón, prenderse un alfiler, tomar una cucharada de sopa o un vaso de agua, el ligero temblor incoercible de sus manos aumentaba al mismo tiempo su miedo y su gozo. Sus oraciones habían sido oídas y el gran poder de Dios guiaba sus pasos. El oscuro camino descubierto no podía ser otro que el de su salvación eterna.

La presencia de su primo no rebasó en principio de sus sensaciones físicas. Después de la escena en la tarde del martes, por ella misma provocada; del desmayo de su madre, la visita del médico y demás accidentes imprevistos que hicieran inevitable el conocimiento paterno de sus proyectos, la despectiva indiferencia en vez de la temida cólera del amo hubo de producirle como una gran decepción, a despecho de su triunfo. Oyó en aquellos instantes que Juan Antonio estaba en Trinidad y en toda la noche, insomne, sin una sola idea definible en que apoyar el pensamiento informe y raudo, apenas volvió a acordarse de la noticia.

El miércoles, mientras trabajaba distraídamente en el adorno del altar, acaso un tanto cansada, soñolienta, sin preguntarse la causa de su fatiga, la interpeló su madre:

—Ahí está Juan Antonio. Alísate un poco el pelo y ven para la sala.

Y fijándose bien en ella, en tono de reproche, añadió:

—¡Pero si parece que no te has lavado la cara esta mañana, Mariceli! Anda. Ve a tu cuarto y arréglate un poco...

Así, mientras tía y sobrino conversaban, permaneció ella indiferente, ajena a todos los temas de la plática. Miró a su primo de soslayo varias veces, como pudiera haberlo hecho con un desconocido. Consideró por un momento su correcta indumentaria, las ondas de su negrísimo pelo, sus botas relucientes y aun su rostro: de perfil y con toda precaución, para no ser sorprendida. Pensó en alguna estampa de sus libros: un joven mártir romano. La había contemplado demoradamente más de una vez, aquella estampa. Pero jamás había pensando, mientras lo hiciera, en su primo Juan Antonio. ¿Por qué su primo le recordaba ahora la estampa?

De repente, ya cerca del final, sintió una gran vergüenza de sí misma, de su hábito casero, ya con varios días de uso, de sus botines viejos y despellejados, de su rostro grasiento... Hundió más la cabeza sobre el pecho y trató en vano de explicarse por qué se hallaba allí en vez de estar en su oratorio, en su celda, de donde su madre fuera a sacarla

un momento antes, sin darle tiempo a coordinar sus pensamientos con sus actos.

Y fue entonces, poco después de regresar a su celda y reanudar su labor maquinalmente, sin persignarse al entrar de nuevo ante el crucificado (primera infracción de sus piadosas resoluciones para imponerle a su antiguo cuarto de juguetes toda la dignidad de un lugar santo), cómo y cuándo Mariceli alcanzó cabal conocimiento de que su primo Juan Antonio estaba en Trinidad.

Por la noche soñó que el joven mártir romano de su estampa y ella, estrechamente abrazados, iban a ser devorados por un tigre. Caniquí, con las manos chorreando sangre, le ofrecía su cilicio delante de su padre y su madre. Una turba de esclavos vociferaba alrededor de ellos, sin que a sus oídos llegase ruido alguno. Su madre se desmayaba en sus brazos. Y Juan Antonio, del brazo de su padre, se alejaba, volviendo la cabeza para reírse de ella.

Despertó con su madre a la cabecera de la cama:

—Estás muy nerviosa, Mariceli. hace dos noches que no duermes.

Jueves. ¡Jueves santo!

A las cinco y media de la mañana, la comunión. A las ocho y media, la misa solemne, la plática y la procesión del monumento.

A las nueve, con el repique largo del *Gloria in excelsis Deo*, cesaron las campanas. Y todos los ruidos de la ciudad fueron también apagándose, hasta quedar sólo el de los pasos humanos sobre las piedras de la calle, libre de vehículos.

Trajes negros, caras tristes, las voces en murmullo.

Y gente, mucha gente: todo el pueblo en las calles.

Sonaron las matracas. Unas como carcajadas de muñecos de palo. Otras como un traqueteo macabro de huesos. Argollas de hierro golpeando sobre tablas de madera dura. Los pobres esclavos conocían bien ambos ruidos.

A media tarde, en el convento, el lavatorio.

Mariceli decidió quedarse en casa. Los años anteriores había tomado parte activa en la organización de la significativa ceremonia. Su gradual enfriamiento con el padre Remigio la había alejado también de esa piadosa actividad: iba cayendo poco a poco en la tibieza religiosa de su madre, devota doméstica más que de culto externo.

Sin contar con ella, por otra parte, doña Celia había aceptado ir a la casa de las Fernández de Lara, a la hora de la procesión. Y ante Jacintita no se presentaría ella con la raída mantilla de las mañanas y los botines

viejos. Guardado en su armario tenía casualmente su hábito nuevo, de excelente paño, sin estrenar.

Detrás de sus persianas, en la calle Real, el sordo murmullo de la muchedumbre crecía rápidamente.

Los soldados de caballería; los niños, con sus ropajes de apóstoles; los sayones verdes, a cara descubierta todavía; los señores del ayuntamiento, graves y solemnes: dispersos elementos de la procesión comienzan a verse, camino de sus puestos. Los acompañantes espontáneos portan ya sus velas, el pabito intacto. Algunos penitentes toman posiciones desde temprano, y se arrodillan ante su cruz elegida, en espera del momento solemne. Los muchachos contienen la risa delante de algunos, estrafalarios y semidesnudos, o siguen en bando detrás de otros que se proponen hacer todo el recorrido de la procesión de rodillas, o a gatas, besando a casa instante la tierra.

De las casas de las calles de la Boca, Real del Xigüe, Media Luna, Alameda, Amargura y San Antonio, por donde ha de pasar la procesión, penden amplios cortinajes de paño negro.

Sobre las aceras de las calles privilegiadas, la muchedumbre cuaja y va nutriéndose poco a poco de espectadores. Comienza la pugna por las posiciones. La Plaza Mayor, la de Segarte, el Calvario: todos los puntos amplios de ventaja llenáronse de gente desde media tarde, como por ensalmo.

Al fin, la sombra de las casas comienza a extenderse sobre las duras burbujas del empedrado, y la luz anaranjada del sol en ocaso atraviesa con sus rayos oblicuos los huecos de la torre del convento.

Se abren de par en par las anchas puertas.

Allá en el fondo, sobre el hormiguo de las cabezas de la multitud que invade el templo, y cuajado de flamantes cirios, destácase el negro monumento.

Alléganse los soldados de caballería; los sayones, ya en línea y con sus gorros puntiagudos, látigo en mano, infunden pavor en la turba de chiquillos y aun en no pocos adultos. Los monaguillos, con sus blancas sobrepellices, empuñan los guiones —la cruz de oro, el estandarte y los ciriales— que precederán al prelado.

Surge éste, como una aparición.

Y la procesión abre su marcha.

—¡Quédate aquí, junto a mí, Mariceli, por favor! Mira... Mira qué bien lo vemos todo desde aquí. No te vayas. No te ocupes de Jacintita ni de nadie. Para mí ya no hay otra persona en el mundo que tú. ¡Si supieras cuántos deseos tenía de cambiar contigo dos palabras, así, para nosotros solos! Aunque sea de este modo, en medio de la gente. El caso es que tú quieras oírme y contestarme. Los demás hablan todos al mismo tiempo: no necesitan entenderse. Dime. Dime, Mariceli: ¿Estás enojada conmigo? ¿No? Entonces: ¿por qué me recibiste ayer como lo hiciste? Yo no sé los disparates que me he echado a pensar. Creí que hasta algún chisme habría mediado. ¡Es tan difícil entenderse cuando se vive como aquí, en Trinidad! Vivimos como despavoridos, acobardados, entre desconfianzas y celos. Y en La Habana es poco más o menos lo mismo: no creas que la diferencia es muy grande. El amo recela del esclavo, el peninsular del criollo, los padres de los hijos. Y entre los recelados, los que no saben ser hipócritas ni sonsacadores son tachados de «malos»... y acaban siéndolo. ¿Por qué? ¿Por qué? Por falta de religiosidad no puede ser. Ya lo estás viendo. Fíjate en los rostros de la gentes. Sienten la pasión del Señor como si fuera positivamente un acontecimiento del día. Hasta los niños: fíjate cómo se disputan ver... y cómo se hacen insensibles, cuando ya tienen asegurado su puesto, para sus hermanos menos afortunados o más débiles. Acaso es que todos vivimos así, empeñados en «ver mejor», en obtener nuestra salvación eterna sin preocuparnos de la de nuestros hermanos... ¿Por qué bajas los ojos? ¡No! Tú no puedes creer que esto lo digo por ti, Mariceli. ¿No es verdad? Yo no quiero que tú seas recelosa. No puedes serlo, si eres buena cristiana. Yo te juro que no he dejado de pensar en ti ni un minuto, desde aquella tarde del portal: ¿te acuerdas? Unas veces me parece que fue ayer. Otras, que un siglo. Pero el recuerdo no me deja nunca. ¡Cuánto me dolió después, Mariceli, escaparme así, sin una palabra de explicación contigo! Yo te juro que lo hice más por ti que por mí mismo. Lo hice para no contrariarte, para librarte de mí y de la imposición de tus padres. Yo también sentí el picotazo en mi amor propio. A nadie le gusta ser juguete del capricho de los otros. ¿No es verdad? Pero a pesar de todo, Mariceli, yo no sé que decirte de mis sentimientos recónditos, del fondo verdadero de mi alma. Una sola frase tuya, aquella tarde, habría cambiado enteramente el curso de mi vida. Desde entonces no sé qué hacer conmigo. Te lo juro. Más que el impulso de vivir hacia adelante, siento como el abstruso deseo de volver atrás, de rectificar la dirección. No tomes a mal esta confesión, te lo suplico. No

aspiro a nada, no te echo nada en cara. No intento desviarte del camino que te has trazado en tu vida. Lo que necesito es tu amistad y tu confianza. Quiero que seas enteramente franca. Quisiera simplemente oírte hablar, oírte expresar tus sentimientos como en tu arranque de aquella tarde. Me estoy contradiciendo quizá... ¡Pero es que resulta tan difícil, Mariceli, encontrarse a sí mismo! Sea mi amor propio de pecador irredimible o lo que fuere, el caso es que no acabo de convencerme de que tú no me quieres, de que te soy completamente indiferente. He aquí la verdad. Te estoy hablando con el corazón en la mano, con más sinceridad, con más candidez que si fuera efectivamente tu hermano. Es hambre de esto, precisamente: de esta confianza ciega en una mujer, lo que me impelió venir otra vez a Trinidad. Vengo por ti, Mariceli. ¡Qué feliz me siento en este instante, por habértelo dicho! Ésa es la verdad. No lo supe realmente hasta ayer, que volví a verte. Pero es toda la verdad: ahora lo reconozco. Creo que yo no he querido todavía como he nacido para querer. Y creo que eres tú la mujer a quien he de querer. ¡Tú, Mariceli! ¡Que Dios me castigue si me engaño! Pero yo lo creo. Te lo digo porque lo creo, Mariceli... ¡Te lo juro!

Las visitas que llenaban la casa de la calle de la Amargura empujábanlos al uno contra el otro, y a ambos contra los torneados balaustres de madera de la ventana. Junto a ellos: revolviéndose y peleando constantemente entre sí por el mejor puesto, unos chiquillos hacían más difícil su posición.

—¡Dios mío! ¡Estos muchachos! —alegó débilmente Mariceli.

Un muchacho acaba de pisarle una mano, en su empeño de treparse se balaustres arriba.

—¡Bájese! ¡Bájese de ahí! —ordenó perentoriamente Juan Antonio. Trató de colocarlos equitativamente.

—¡Así! Así ven los dos. No traten de sacarse ventaja. ¿Para qué? Y tomando la mano lastimada entre las suyas:

—¿Te hizo daño? A ver...

—No. No fue nada...

Detrás de ellos, empero, unas señoras protestaron. Ahora eran ellas las que no veían...

Fuera, en la calle, la muchedumbre se aplastaba también contra la ventana. Y los pilletes pretendieron lo que los de dentro no habían obtenido. Fue preciso bajarlos, sin contemplaciones.

Pasaba el rojo estandarte, símbolo de la Roma imperial. «Senatus populusque Romanus.» Detrás, el centurión con la gran lanza y la negra banderola en lo alto. El Cristo llegaba a la plazuela de Segarte.

—¡El crucificado! Allí viene...

Los favorecidos con la primera visión de la milagrosa imagen, a la derecha de la calle, dieron el aviso. Algunos impacientes cruzaron el arroyo, a despecho del látigo de los sayones.

—¿Estás bien así ? ¿Sí?

Estaban estrechamente apretujados uno contra el otro. Juan Antonio, en un impulso irrefrenable de protección, pasó su brazo por el talle de su prima...

—¡Mariceli! He vuelto a verte y me he desengañado de que es amor y no otra cosa lo que a ti me atrae. Amor puro y legítimo, Mariceli, que no se avergüenza de mostrarse en este instante solemne. Cariño que nace en lo más hondo de mi alma: en mi necesidad humana de una mujer, de una compañera a quien confiarle así mis cosas más íntimas; a quien poseer no sólo en cuerpo sino en lo más insignificante de su pensamiento, en lo más elevado de su espíritu. Así fuimos hechos, Mariceli. Así nacimos. Y no sé por qué me parece el mayor de los pecados esa idea abominable de que en pecado fuimos concebidos y en pecado nuestro cuerpo nos mantiene. ¡Dios es amor, Mariceli! ¡Y amor es creación! Ser feliz en el amor humano es redimir nuestra materia, es crear, es convertir nuestros cuerpos en algo vibrante como un cántico, como una hoguera de sacrificio. Y nuestro gran pecado es nuestra ignorancia, nuestra torpeza para redimir ese amor de sus complicaciones animales...

Cuando la imagen del crucificado —el Cristo misterioso que adquiriera la villa de Trinidad en circunstancias legendarias y ejercía en el pueblo un poderoso influjo místico— se detuvo a la vista de la casa, frente a la gran cruz de piedra incrustada en la fachada de la contigua, la excitación de los ánimos, llegó a su máximo.

Fue una lucha casi salvaje por el espacio necesario para arrodillarse, para rezar con más eficaz devoción: para alcanzar la salvación del alma, sin perder sus posiciones en la tierra.

Mariceli, su cuerpo tembloroso comprimido contra el robusto y cálido cuerpo del joven, el vello sedoso de su bigote rozándole la oreja, sus manos suave y amorosamente bajo sus antebrazos, como amparándola del empuje de los otros, fue perdiendo poco a poco conciencia de sí misma.

Invisible al principio entre la multitud, como si sus lánguidas voces viniesen de lo alto, los violines y las flautas iniciaron el *Miserere*. Las voces humanas sumáronse enseguida.

*Miserere mei, Deus; secundum magnam  
misericordiam tuam...*

—¿Por qué lloras, Mariceli? —balbuceó en su oído la voz, entrecortada por la emoción, de su poseedor—. ¡Mariceli! ¡Mariceli mía!

Era suya, en efecto. No se había arrodillado voluntariamente. Sus piernas le habían negado apoyo. Y dulcemente, sobre sus vigorosos brazos había descendido a tierra. Pero eran esos brazos ahora lo único que la impedía desplomarse de una vez...

Se ahogaba. Le faltaba el aire. Las mil llamas de los cirios, glaucas y penetrantes en el claror rojizo del crepúsculo, comenzaron a estrellarse ante sus ojos, nublados de lágrimas.

*Ecce enim iniquitatibus conceptus sum.  
Et in peccatis concepit me mater mea.*

—¿Me perdonas, Mariceli? ¿Me perdonas mi orgullo? Yo debí comprenderlo aquella tarde, aunque tus palabras me dijeran otra cosa. ¡Perdóname! ¿Me perdonas todo lo que te he hecho sufrir?

*Auditui meo dabis gaudium et luetitiam  
Et exultabunt ossa humiliata.*

—¡Mariceli! —gritó la voz, ahora alarmada.

El cuerpo de la joven pesó al fin por entero contra el suyo. Lo asió mejor y se dispuso a levantarla. Tenía que arrancarla de aquella masa humana en místico delirio.

—¡Paso! —demandó—. ¡Señora! ¡Señora! Con su permiso. ¡Se ha desmayado!

—¡Se ha desmayado! —repetieron algunas voces.

Los extáticos creyentes comprendieron al fin, e hicieron hueco al joven con su carga. Juan Antonio avanzó resueltamente, pisando muselinas y encajes.

—¡Un síncope! ¡Se ha desmayado! ¡Una desmayada! —repetieron varias voces dentro de la casa.

Las preguntas ansiosas fueron elevándose sobre el *Miserere*.

—¿Quién es? ¿Quién se ha desmayado?

—Una muchacha rubia. Mírela. La lleva en brazos aquel joven...

—¿Quién es él?

—Su novio. Toda la tarde estuvieron juntos. Y él le hablaba, le hablaba al oído.

—¿Ella no es la hija de don Lorenzo de Pablos?

—La que quiere meterse a monja: ¡la misma!

—Dicen que el novio la dejó plantada...

*Redde mihi laetitiam salutaris tui,  
Et spiritu principali confirma me.*

Doña Celia acudió pronto.

—¡Hija mía! Yo tengo la culpa. Ella se sentía mal hoy y no quería venir. ¡Mariceli! ¡Hija mía! Por favor: ¡que llamen a un médico!

En la calle terminaba el cántico solemne:

*Tunc acceptabis sacrificium justitiae,  
oblaciones et holocausta:  
Tunc imponent super altare tuum  
vitulos...*